



MELAN

SUKIN

7
12832

7

128324

BIBLIOTECA DE ESCRITORES GALLEGOS

Volumen XIII

MANUEL AMOR MEILÁN



≡ SURIÑA ≡

PERLADO, PÁEZ y C.^a (Sucesores de
Hernando). ARENAL. 11 :: MADRID



BIBLIOTECA DE ESCRITORES GALLEGOS

VOLUMEN XII

34

SURINA

SURIÑA ≡ NOVELA ≡ POR
SMANUEL AMOR MEILÁN

MADRID, 1913 :: :: :: :: ::

IMPRESA DE JUAN PUEYO

MESONERO ROMANOS, N.º 34



R. 1209735



Canitrot.

Hemos empezado juntos esta obra. Nos ha valido muchos duelos y quebrantos, y no supo dejarnos hacienda. Aun así, teníamos fe, una gran fe lírica, en el arte y en el público. Luchamos con entusiasmo, sin decaer, en este montón de cuartillas gallegas, por el ideal y la región.

Hemos publicado libros de firmas ilustres. Hemos tenido el orgullo de insertar en esta Biblioteca libros de autores muy jóvenes, que ya van teniendo gloria. Hemos realizado algo, humilde como nuestro, en bien de la amada Galicia.

Después, la Biblioteca decayó, y casi renunciábamos á proseguirla. Era un trabajo estéril, rudo, superior á nuestra voluntad, sin fin, sin caricias... Hoy, el editor me dice que siga dirigiendo la Biblioteca. Y al volver mis ojos hacia el amado compañero,

veo con pena, con angustia, que ha desaparecido.

Ha muerto Canitrot, el prosista galano, el artista de temperamento insólito, aquel espíritu que ardía en la llama del ideal, y que fué grande por haberse hecho de la nada. Decir cuánto me ha dolido su muerte, sería pueril, vano. Cinco años de mi vida corren paralelos á otros cinco suyos. ¡Esta Biblioteca! ¡La calle de Ferraz, por donde íbamos, entusiásticos, á ver á D. Gabino Páez! ¡La mala noticia de todas las veces! ¡Nuestro eterno comentario lleno de regocijo y de alegría! ¡Juventud! ¡Ilusiones! ¿Cómo no sentir húmedos los ojos al recordar estas cosas?

Por eso, como tributo al pobrecito ausente, al renovar hoy mis afanes, al publicar este nuevo libro, fragante libro del ilustre Amor Meilán, quiero poner el nombre de Canitrot en su hoja primera.

¡Hermano, hermano mío, adiós! ¡Hasta siempre!...

LUIS ANTÓN DEL OLMET

Madrid, Febrero de 1913.

A

D. MANUEL PORTELA VALLADARES

GALLEGO EXCELSO Y ENCARNA-
CIÓN DEL GENIO DE LA RAZA

EL AUTOR



SURIÑA

I

Era la sobretarde de un hermoso y tibio día sanjuanero.

Las campanas de Santa Eugea de Munding, destacándose sobre el castañedo centenario, lanzaban allá en la altura las notas lentas del *Angelus*, cuyos ecos amortecíanse en las oquedades de los desnudos penedos ó perdíanse alongados en los hoyancos y herbales del valle extenso y en las encrujadas que formaban los casales campesinos.

La última reverberación de la puesta solar hacía más sombrajoso y medoñento el lugar donde la románica y milagrosa ermita se asentaba, un áspero recuesto que tapizan en el otoño las flores amarillentas y los erizos punzadores de los castaños. La blanca mancha de sus enjalbegados muros era cenizas á aquella hora de vaguedades y misterios. En cambio, muy próximo á la iglesia, el polvoriento camino real, que

cruza zizagueando la montaña y desciende hasta la hondura, aparecía cumbrado, allá donde se ocultaba el sol, por una enorme lumbrarada de oro rojizo, sobre la cual se destacaban, inmóviles y negros, á guisa de vigilantes atalayas, algunos solitarios pinos que alzaban sus copas semejando enormes manos plegadas y dirigas al cielo en actitud rezadora.

Allá, entre aquella sangrienta mancha y por ella rodeada, como una aparición sobrenatural, irguióse un momento en lo más alto una silueta humana, un punto levisimo y negroso que pronto se perdió entre las sombras, carretera abajo en dirección del valle de Mundin. Avanzaba sin prisas, pero también sin vacilaciones ni tanteos. A uno y otro lado, por sus sendas angostas y hondas, alcanzábase á divisar los pardos y anchos lomos y las testuces vigorosas de las vacas mansurronas que, mugiendo satisfechas y ahitas, regresaban al caliente establo bien mullido de reseca paja, ó el alegre rebaño de las albinas ovejas que mordisqueaban los menudos brotes bajo el ojo avizorante de la rapaza del pañuelo charro y sayuelo burdo, descalza de pie y de pierna, hilandera peregrina que cruzaba campos y senderos afincada en la cintura la rueca de bruñido bujo, retorciendo entre sus dedos el amarillento copo de lino, por ella ayudado á macerar en la última espadela.

Caminaba á buen paso el viandante, como si deseara llegar pronto al término de

la jornada. Cubría su cabeza un pañuelo multicolor y sucio, sobre el cual asentábase un sombrero que fuera castaño en tiempos, pero al cual hogaño los churretes del sudor dábanle un matiz indefinible; una holgada blusa azul y desteñida, caíale hasta más abajo de la cintura; los pantalones de paño oscuro con remontas de otro más claro en las rodillas y posaderas y los zapatos de becerro blanco y polutos por el polvo del camino completaban su indumentaria, que nada de extraordinario ni de resaltante tenía. Solamente una cartera de cuero que, pendiente de una correa, caía sobre el cuadril izquierdo y un palo delgado y flexible que tenía tanto de bastón como de aijada, pudieran denunciarle como un ambulatorio galonero de los de tierra de Bergondo, trajinantes que recorren cada año toda la encantada región de las rías saudosas y los valles amenos y hondos, entre los cuales no era el de Mundin ni el menos verde ni el menos rico.

Noche cerrada ya era cuando llegaba el desconocido á las primeras casas del valle. De algunas chimeneas emergía el humo azuloso y campesino, el humo sano y oloroso de las urces y ginestas que sube perezoso en roleos y espirales en una atmósfera sosegada á un cielo cristalino y azul. En tal cual ventana veíase, á través de las quebrajas y hendeduras de la madera ó por los redondos tragaluces, algo de rojizo resplandor. En tierra conocida debía de encontrarse el caminante, pues no se detuvo

sino ante una de las casas en la que desde luego y desde lejos habíanse fijado sus miradas.

Era más grande que las dejadas atrás hasta entonces. En el quicio de la cuadrada puerta, que se destacaba vigorosamente entre la altura del reciente revoco, una rama de laurel, seca ya y sin hojas, extendía sus gallas desnudas; á un lado una enorme y cuadrada piedra, desgastada por el uso, hacía las veces de rústico banco, y á uno y otro dos férreas herraduras empuotradas en la pared servían para atar los roncales de las bestias. A un extremo de la casa, y en un ángulo entrante abierto entre ésta y el alpende, se pudría á la intemperie un montículo de infecto y nauseabundo fiemo. Todas las ventanas aparecían herméticamente cerradas; sólo la puerta, que tenía abierto el montante superior, dejaba escapar algo de luz que salía envuelta en espeso humazo.

—El... ¿quién anda por aquí? — preguntó el desconocido acodándose en el montante bajo y cerrado, sin temor á la humareda.

—¡Ay, Mingos! — rezongó desde dentro una voz femenil que por lo débil parecía más bien un plañido—¿Y qué milagro?... Así pensaba en ti ahora como en la hora de la muerte. Pasa, pasa para adentro...

Y en el hueco de la puerta destacóse el busto de una anciana casi cientoañal, rugosa y cana como las apariciones brujescas.

Alzó el recio clavijón y el paso quedó franco y libre al recién llegado.

—Santas y buenas noches...

—Nos den Dios y la Virgen—contestó la casalera.

—¿Sé que está sola en la casa?...

—Siéntate, y así pareceráme estar más acompañada. Andrés anda á los trabajos en el Pazo de Lousada desde hace tres días...

—¿Y?...

—¡Ya... ya te entiendo!... Pues... por allá adentro, amañando el ganado antes de soltar los canes, porque, como se estila decir, al raposo durmiente no le amanece la gallina en el diente.

—En eso tiene razón, que soplar y sorber no puede ser.

—Quiérese decir que tendrás que esperarla un bocado...

Callaron. Acomodóse el mozo sobre un banco, en un extremo de la vasta estancia que de comedor, cocina y salón hacía los oficios á un tiempo, y dejó la cartera sobre una mesa de lustroso y macizo castaño. Volvió la vieja á su labor al pie del lar. En la roja chamarasca, á un lado, sobre las brasas, turrábanse unas cuantas patatas que con el badil removía de tiempo en tiempo; pendiente de los llares distinguíase, entre el humazo espeso, el negro vientre del pote, que al ser lamido por las llamas adquiriría un extraño aspecto, semejante al de las calderas de los cuentos de trasgos y duendes. Vefase poco; el candil encendido y pendiente de la ancha y voladiza campana, estaba allí, más que para alumbrar, para justificar que allá afuera había cerrado ya

la noche; pero la verdadera luz era la del hogar, la que alzaba aquella humareda que envolvía á la magruja anciana en una nube de ensueños, y que al avivarse dejaba entrever en un rincón un haz de ligones y de hocinos cuyas hojas brillaban con fulgor siniestro y frío.

Seguía la vieja revolviendo las patatas y atendiendo á su labor. El galonero veía el ir y venir de la mano sarmentosa y esquelética avivando aquel fuego que, al darle en pleno rostro, hacía destacar con mayor fuerza el mentón tembloteante y agudo.

—¿Sé que vienes de la feria de Portocelo?—preguntó la voz cascada.

—De allá vengo, sí señora.

—Cuido que era una regalía el ganado que había en ella.

—A fe que sí; en eso no le dijeron mentira.

—¡Jesús, Jesús!... A mí contar contómelo un zopo de los que andan á pedir... Y también un feriante que arriba está y que cuido que hizo buena feria.

—¿Vendió?...

—Dos parejas.

—Pagábase bien y vendióse mucho... es verdá, sí, señor.

—¡Bendito San Amaro de Portocelo! Bien sabe Dios que no quisiera irme para debajo de los terrones sin volver allá á recordar mis buenas mocedades; pero...

(Pausa larga. Dentro no se escucha otro ruido que el restallar del fuego. Afuera se oye el choclear de las madreñas aldeanas y

el mugir de vacas y vacorinos. De vez en vez algún jinete pasa á lo largo, perdiéndose á lo lejos el casquear de su cabalgadura sobre los guijarros del camino.)

—Y á ti... ¿hásete de hacer alguna cosa de comida?

—Asegún lo que vosté tenga que me dar... si no, con una cunca de caldo bien amañado, ya le voy como un príncipe...

—¡Jesús, Jesús!... Como caldo no falta, no; y sustancioso que mete gloria... Y de lo de casa puédesse disponer... ¿Córrete prisa el yantar? Porque siendo así, aunque sea con los dientes...

—No, señora, no... ¡Váyase á modol... Y él ¿tendrá abierto hoy hasta muy tarde?...

—En los días de feria, como hoy, siempre abunda más la gente... Unos que vienen á yantar, otros á quedarse... ¿Por qué dices eso?

—Porque... puede que sean cuentos y figuraciones... Pero decir decíanlo en Portocelo.

—¿El qué, Mingos?... ¡Cuenta, cuental

—Pues que la gavilla de la Loba no anda lejos... y que si hoy había más civiles que otras veces en la feria, era porque tenían soplo...

—¡Arreniégotel... Pero... ¡serán cuentos!...

—No sé, no sé... Pero lo que es, el hijo de mi madre, si estuviera en su pellejo, no había de tener el mesón abierto hasta muy tarde... Aunque no fuera sino por el aquel de no tentará Dios... es verdá, sí, señor.

—¿Pero no decían que andaban allá... por la parte de Randamil?

—Andaban, sí, señora; pero de Randamil acá son tres leguas... y paréceme á mí que se andan bastantes más en los ocho días que hace de lo del cura de San Cidre.

—Cuido que hicieron en él una verdadera carniza...

—Hicieron, sí, señora.

—Una judiada...

—A mí contáronmelo gentes de por allá. Fué á las altas de la noche, una noche pecha y sin lunar. Cuatro fueron los que entraron y asegún se cuenta, uno de ellos era la Loba misma. Pilláronlo dormido, y al despertarse vió á carón de la cama á aquellas cuatro malas almas, que mal rayo los mate. Llevaban cubiertas las caras con paños de la cabeza, y, lo que de la cara veía-seles, tizado de manera que metían miedo. Pidiéronle los cuartos, y como él juraba por Dios y la Virgen que estaba más pobre que las arañas, hicieronlo bajar en cueros vivos á la bodega, donde cuidaban que tenía el *gato*. Pincháronlo con las puntas de las navajas abiertas; *chamusgáronlo* como á un cerdo, con perdón; arrastráronlo por el santo suelo; coceáronlo como bestias mismamente; pusiéronlo de á rodillas; hicieronle comer tierra; espaturráronlo en el suelo poniéndole, salva sea la parte, aquí sobre los riñones una piedra grande como de molino; dejáronlo para Sacramentos— así murió el mal pocado—, pero poder no pudieron arrancarle una habla tan siquie-

ra. El *abade* de San Cidre fuese para el otro mundo, eso sí. Pero la Loba y los suyos no sacaron de él ni un ochavo.

—¿Y cómo sábese que no fueron más de los cuatro?

—Por la criada, que más muerta que viva, hiciéronla estar á todo presente... es verdá, sí, señor. Y también con ella la pegaron; y le metieron la cabeza en el pote de la *lavadura* de los cochos; y atáronle la boca con un paño para que no rechistara, y los brazos y las piernas con *adivales* para que no se moviera, y le hicieron mil escarnios que sólo el relembrarlos pone los pelos de punta...

—¿Y él... puédesse creer que Dios consienta tanta fechoría?... ¡Jesús, Jesús!...

—Pues ella fué, la criada, la que dió las señas de los ladrones. Y percátase la gente por eso de que uno de ellos era la Loba misma... Y otro de los rapaces el su hijo, el Lobacán.

—¡Lobacán será!...

—Ya ve. Su padre dicen que era un can mismamente, aunque sea mala comparanza. Y los recastados de lobos y de canes, lobicanes son, en Mundin como en Busteliño, y lo mismo en Randamil que en Nove-lúa... Por eso deciale yo hace un bocado que se ande con tiento, por un si es ó no es; mire que le son unas malas almas y que es atentar á Dios exponerse...

—Y aquí... para la pobrecía que vendrían á llevarse...

—Menos le llevaron al abade de San

Cidre... pero él ir fué á dar cuenta á Dios. Además, que en la casa gente ha de haber...

—El feriante que ya te dije, Cibrao el rosariero de Novelúa y un ciego de San Breijo que vende coplas...

—Pues échese la cuenta de que no tiene nadie. Porque aunque son tres hombres, y yo cuatro, para esas almas negras no valemos un esgarro... Y si tienen soplo de que tiene un feriante en la casa... Ellos vienen bien armados, y tocante á nosotros, como no los escorrentemos con hocinos y ligones... no sé.

—En eso tienes razón; así Dios me salve. Voy á ver si acabo de amañar el *compango* para eses de arriba, y después...

Interrumpióse el diálogo bruscamente. Sobre el negro fondo del corredor que daba al establo, destacóse, candil en mano, la apuesta figura de Suriña, la nieta de la casi centenaria casalera, triunfal y sonriente, rebosando alegría y juventud.



II

No haría más de tres meses que por primera vez se vieran el galonero ambulante y la jarifa moza, encanto de su abuela, alegría de su padre, codicia de los mozos y envidia de las mozas del valle de Mundin. Fuera ello en los comienzos de la primavera, un día que Mingos cruzaba el polvoroso camino lanzando á los aires su pregón plañidero, la cartera terciada y en la diestra mano la mimbrenña vara. Vióla á la puerta del mesón ordeñando una robusta vaca de lustroso lomo y dulzarrón mirar, y trasegando el caliente y espumoso líquido desde su cántaro al de otra vecina que á venderlo llevábalo á la cercana villa. Vióla y no pudo menos de admirarse del hallazgo y de recrearse en la contemplación de la garrida aldeana. Aunque asoleado su rostro, destacábanse en él los frescos y arrebolados colores de sus mejillas; eran zarcos sus ojos y amorosas sus miradas; ensortijado su cabello de un oro pálido; gallarda y bien proporcionada de estatura y de festero continente. Antojósele al mozo

que valía la rapaza más oro y más plata que la arramblada por él en sus correrías de galonero en el fondo de su cartera, y advirtiéndole, por el aspecto de la casa y la tufarada que de ella salía que de un mesón se trataba, entróse en él resueltamente, dispuesto á transigir de buen grado con todos los brodios y pistrajes que delante le pusieran, con tal de que los endulzase la presencia, y mejor aún la compañía, y más bien todavía el jovial palique de la buena moza.

Y fué el caso que de buenas á primeras vió logrados el andorrero trajinante sus propósitos. Trabajó conversación con Suriña (que así la llamaban todos, más que por su nombre de pila, á causa de su gentileza y donosura verdaderamente columbiales), y un bocado ahora y un trago después, de tal modo se le fueron el tiempo y las memorias al mancebo, que cuando volvió á emprender su viandata era ya más de noche que de día... ¡y entrara en el mesón cuando llegaba el sol á la mitad de su carrera!

De allí salió sabiendo que la senecta mesonera, la señá Locaya ó Leocadia, era abueia de la muchacha por parte de madre; muriérasele ésta á Suriña cuando apenas sabía andar la mocosa; así es que no conservaba memoria alguna de la que le diera el ser. No se casara sino ya en edad madura la hija de la casalera con Anordo, hombre hacendoso y fuerte para el trabajo si Dios los mandó al mundo, que sabía un poco de todos los trajines y de todos los

oficios y que á veces se pasaba enteras las semanas fuera de su casa para tornar á ella con un puñado de pesetas en la faltriquera de sus calzones de pardomonte, contribuyendo así á aumentar por su parte en lo posible el conyugal peculio. Después que Dios hubo llamado á sí á la parienta, siguió su vida azacana y trabajada, como antes. Para cuidar del Mesón del Gallo bastábase la vieja, que se conservaba aún bastante rufa y recta como un huso, á pesar de sus años, que no andaban muy lejos de los setenta... Y así siguieron y así seguían cuando el galonero vió por vez primera á la Suriña y con ella se engolfó en un parrafear interminable y dulce para ambos.

Salió de allí el mozancón ofreciendo volver, y á fe que el ofrecimiento fué cumplido, pues apenas pasábanse ocho días sin que por el mesón apareciese la buena planta y la fachenda del galonero trashumante. Diez se pasaran ahora desde que por allí no arribara y era esta la mayor tardanza que en cara podía echarle la enamorada mozueta desde que se conocían. Y como la ausencia aviva el amor cuando éste es tan rendido y sincero como el que Suriña sentía aletear en su alma, á nadie extrañará que la noche en que comienza nuestro relato fuera mayor que otras veces la alegría de la muchacha al volver á ver á Mingos.

Sentada al lado de éste, amorosamente emparejados, hablábala el bauzador mancebo con la más fina de sus sonrisas en los labios y con la más amorosa de sus miradas

en los ojos grises. Pompeábase el mozo sintiendo tan cerca el cuerpo gentil de la rapaza y gozábbase en la adorable confusión con que ella escuchaba sus amantes confianzas en voz tan baja transmitidas, que más que amorosa plática tomárasela por religioso bisbiseo. Hundía el prosero galán los dedos de la diestra mano en la grifa cabellera, y apoyado en la mesa el codo y ladeada y descansando en la palma la cabeza, re creábbase en la contemplación de las raras perfecciones de la moza...

Y bajaron el ciego de las coplas, Cibrao el rosariero y el feriante que por allá arriba andaban, disponiéndose á cenar. Nada de manteles ni de servicios que en aquellos lugares estimábanse como innecesarios arrequives: sobre la bruñida tabla de castaño unos colmados cuencos de humeante caldo, un ancho y redondo pan de borona, un cuchillo para todos y las cucharas de palo casi denegridas por el uso. El vino para después, con el *compango*, y eso únicamente por lo que tocaba á Mingos y al feriante, que no permitían tales lujos las escualidas bohas de los otros dos comensales. Y fué el *principio* del primero unas reseca sardinas arenques y unas patatas asadas, y el de Mingos un par de huevos, fritos con el mayor esmero por la misma Suriña, que puso por su mano el trébede sobre el fuego y la sartén sobre el trébede...

Y á cenar tocaban y á arregostarse en aquel yantar, verdadero banquete para servido en aquellas latitudes, en aquel valle de

Mundin perdido entre las montañas y tan alejado de toda villa ó poblacho de mediana importancia siquiera.

Volvió Suriña á su puesto al lado del dichero pollancón, y continuaba el amoroso murmulaje cuando un tropel de firmes y seguros pasos se dejó oír allá afuera, y por sobre la media puerta inferior alcanzóse á divisar los fornidos bustos de hasta cuatro guardias civiles. La semiobscuridad en que el humazo lo envolvía todo hizo que pasara inadvertida la intensa palidez que de repente se extendió por el rostro del galonero. Con la mayor llaneza y con la confianza con que en tales parajes suelen emplear, entráronse los de la benemérita en el mesón, acomodándose como mejor les fué dable, y no muy lejos de la puerta, á un extremo de la mesa. Mingos y Suriña ocupaban el otro, y entre aquéllos y éstos, el feriante hincaba el diente á las últimas patatas de su *gaudeamus*, el rosariero picaba una infame tagarnina y el ciego de los romances parecía ensimismado en beatíficos pensamientos. Cualquiera cosa pedían los civiles, un pretexto cualquiera para remojarse el gaznate con un trago y seguir su camino... Descansaban negligentemente las escopetas entre las piernas apoyadas en el muslo; limpiábase el uno con su pañuelo de hierbas el sudoso pestorejo, aflojábbase el otro el correaje, sacaba el tercero su petaca de cuero denegrado y tendía el cuarto á su alrededor sus miradas aguilinas... Mingos no hablaba ya. Avizor el ojo y enfoscado el

ceño, apenas si con monosílabos contestaba á los requerimientos de la novia. A su izquierda, una ventana de hojas de madera daba al patio del mesón; más allá un vasto sembrado, después el pinar de Reibós...

Ya no atendía el prosero galán á engaritar á la hembra cortejada; habíase trocado su gesto de risueño y franco en hostil y gravadoso; ya no musitaba requiebros; antes farfullaba frases sueltas y entrecortadas que pudieran ser tomadas por imprecaciones ó juramentos. La misma Suriña advirtió el cambio que en su cortejo se producía. Pronto, sin embargo, hubo de distraer su atención el diálogo entablado entre la abuela y los civiles.

—Y digan, señores guardias... ¿es cierto eso de que en la feria de Portocelo se murmuraba de la Loba?... ¿De que anda por aquí cerca con las gentes de su gavilla?

—Tanto como cierto, no podemos jurar que lo sea. Decir sí díjose que á alguno de los de su bando viéronlo por acá hace tres días, pero no sabemos más por ahora.

—Pues sí, y también se habló de que por eso había hoy más guardias en la feria.

—No le es eso, dona. Lo que hay es que el alcalde de Portocelo dió parte de que los mozos de Busteliño y de Louisada diéranse cita en la feria para arreglar á tiros y puñaladas sus cuentas antiguas, y por eso nos mandaron ir á los del puesto de Lamelle y á los de Triabá, ocho hombres que ya... ya dan alguna guerra.

—¿Y ustedes tórnanse ahora á Lamelle?

—Volvémonos, sí, señora, con la ayuda de Dios.

—¿Quiérese decir que eso de la gavilla no son más que figuraciones?

—Tanto como eso, no sabemos. Nosotros tenemos las señas de toda esa gentualla; pero á las veces, como se pintan y se desfigurán que no los conociera ni la madre que los parió, puede darse el caso de que campen á nuestra vera misma sin nosotros saber que los son... Pero eso podrá hacerlo uno, un par de ellos... La gavilla, lo que se dice la gavilla, no anda por aquí... Los conoceríamos nosotros.

Con escrutadora mirada seguía el galonero los menores movimientos de los guardias, y esto mismo debió llamarles acaso la atención y fijarse más en él. Mingos no advirtió nada de anormal ni de desusado en ellos, y procuraba tranquilizarse y aparecer muy sobre sí, convencido de que el disimulo y la indiferencia era en aquel momento lo mejor...

Fué todo ello en un abrir y cerrar de ojos, ni visto ni oído, rápido como un relámpago... ¿Un guiño, un pisotón disimulado, un tacto de codos entre los civiles? Nadie lo advirtió ni nadie lo supo tampoco. Pero ello fué que con el natural asombro y con la alarma que es fácil suponer, vieron hombres y mujeres saltar como un gamo al camino por encima de la media puerta á uno de los guardias, al mismo tiempo que el galonero saltaba al patio como una pelota abriendo de golpe y brus-

camente las maderas de la ventana que á su lado tenía y á la cual apuntaban ya los cañones de las escopetas de los otros tres civiles. Un grito se escapó de todas las bocas, ululante el de las mujeres, más ronco el de los hombres, alguno de los cuales, como el rosariero, dió con su cuerpo en el suelo al querer hacerse atrás. El estar tan unidos en aquella parte de la mesa los comensales, y más unidos aún al extremo de ella los de la amartelada pareja, impidieron que las balas salieran de los cañones, é hicieron que los dedos contuvieran los gatillos. Pero al ver saltar á Mingos la ventana, atropellándolo todo los de la benemérita, lanzáronse al boquete enfilando por él sus escopetas. Allá afuera sonó un disparo y otro luego, casi inmediatamente. Sintióse brusco movimiento de hojas que dan paso á un cuerpo, el crujido de los pajotes hollados y destrozados por recias pisadas, y hacia donde sonaba el ruido dispararon sus fusiles los que se hallaban dentro del mesón. Uno, dos, tres, diez disparos casi seguidos... Después, nada. Dentro, el silencio era sólo interrumpido por los ayes de la vieja y los zollipos de la moza. Los guardias aplicaron el oído: al exterior no se oía nada. Aquel hombre tan bruscamente acometido, ó había muerto ó había logrado ponerse en salvo.

—¡A ver!... Luces... Un farol, una linterna, un *fachico* de pajas... cualquier cosa, pero pronto... ¡pronto!—gritó el que por sus galones parecía mandar aquella fuerza.

—¿Pero qué les hizo á ustedes ese mozo? ¿Qué mal hizo á nadie?—preguntó la mesonera, apartándose los canos pelluzgones que caían sobre sus mejillas mojadas por las lágrimas.

—Señora, ese mozo es un ladrón y es una fiera todo junto... ¡Ese es el Lobicán! ¡Ese es el hijo de la Loba!



III

Inútilmente registraron el patio de la venta, llegando en sus esculcas hasta la entrada misma del pinar. El cuerpo de Lobiscán no aparecía por parte alguna, ni muerto ni malherido, señal inequívoca de que lograra ponerse á salvo, ganando las intrincadas espesuras del pinar de Reibós. Como en casos tales acostumbra, procedió la guardia civil á levantar el atestado oportuno, haciendo declarar á cuantos en la casa se encontraban. Nada de extraordinario debió de encontrar en cuanto afirmaron los alojados en el mesón, pues desde luego fueron puestos en libertad absoluta. Tampoco, en realidad, declararon cosa de sustancia la Suriña ni su abuela; pero esto no obstante, púsoelas á disposición del juez, ya que en casa de ellas fuera encontrado el famoso forajido, y por si acaso el funcionario judicial lograba ser más afortunado en sus pesquisas que la benemérita.

La cual no reconoció al hijo de la Loba por las señas oficiales que de él tenía, sino por las confidenciales que había logrado en su continuo viandar por caminos y encru-

cijadas. "Cabellos castaños, ojos grises", decían las filiaciones que los guardias poseían; lo que no expresaban, en cambio, era que cuando el Lobacán enfoscaba el ceño, tornábanse turnias sus miradas, tembloteábale el mentón nervioso y una doble arruga cruzaba su frente en ángulo agudo, uniéndose aquéllas sobre el entrecejo. Estos eran informes extraoficiales, y esto fué lo que la fuerza del puesto de Lamella advirtiera en el galonero... Lo demás fuera como un relámpago; unas disimuladas pisadas bajo la mesa, un rápido ojeo y los fusiles echados á la cara y apuntando al sospechoso.

Al cual no aprovechó su disfraz para arredrar sospechas ni recelos. Precisamente los guardias sabían que para mejor campar por sus respetos y tener más fácil acceso á todas partes, solían los desalmados travestirse muy bonitamente haciéndose pasar aquí por galoneros de Bergondo, más allá por ganaderos de Montaroso, aquí por pizarrantes de Sobradelo y acullá por galloferos vagabundos... Y rara vez topábaseles juntos sino en la comisión de sus crímenes; consumados éstos, desperdigábanse de nuevo para mejor estudiar tal golpe de mano, cual asalto á una casa aislada, yendo después á dar cuenta de sus observaciones á la capitana, la cual meditaba, decidía y estudiaba aquellos golpes audaces que tanta fama le dieran, y tanta resonancia habían alcanzado en la región entera. Así, pues, el disfraz del galonero nada

significaba para los guardias sino un ardid del Lobicán para que más fácilmente le abrieran sus puertas los confiados casalleros...

Tuvo aquel conato de captura la natural resonancia, y de ello se habló mucho tiempo, siendo motivo de no pocas conjeturas y comentarios, no solamente por el hecho en sí mismo, sino también por la exquisita vigilancia de que durante muchos días fué objeto el intrincado bosque de Reibós. Presumían, naturalmente, los del tricornio, que no se aventuraría á presentarse tan pronto en campo abierto y llano el Lobicán; una vez internado entre el bosque pinariego, parecía lógico que la más primitiva prudencia le aconsejara permanecer en él cuanto le fuera posible. Para recorrer y vigilar aquella espesura necesitábase concentrar allí la fuerza de los puestos de seis leguas á la redonda, y aun así, un saltabardales como el Lobicán llevaba no pequeña ventaja sobre sus perseguidores. Lo más presumible era lo que se hizo efectivamente; acordonar el bosque situándose los guardias de trecho en trecho, lo más largo posible éstos, pero de suerte que unos á otros se vieran claramente los vigilantes; de noche aumentábase la vigilancia con un buen golpe de vecinos, deseosos de herir á la odiada Loba en pleno corazón en la persona de su propio hijo. Así pasáronse dos días, tres, cuatro... Cuando el Juzgado restituyó al Mesón del Gallo á la Suriña, á su padre y á su abuela, plenamente convenci-

do de su incomplicidad, aún la vigilancia continuaba, confiados los civiles en que el hambre haría abandonar al salteador su madriguera.

Al quinto día llegaron refuerzos reclamados por el juez; una veintena de numerosos más, allegados entre los puestos inmediatos. Y entonces ya se pensó en dar la batida en toda regla. Imposible era que el lobezno no se encontrara hambriento, desfallecido, extenuado; las hierbas y raíces no son muy nutritiva alimentación, y él no disponía de otra en el monte. Así, pues, una persecución hecha con buen tino, por tanta gente y con el concurso valioso de los vecinos, gente toda vigorosa y de frescor, acabaría por dar el apetecido resultado. Continuó el acordonamiento, alternando en él paisanos y guardias; el resto de éstos aventuróse en el pinar de Reibós. Registráronlo de arriba abajo, cruzáronlo en todas direcciones, esculcaron en todos sentidos, no perdonaron hoyanco ni olvidaron repliegue alguno del monte... ¡Nadal! Apesar de todos los pesares, á pesar de todo aquel lujo de fuerzas, el Lobacán, ó más diligente ó más astuto, había abandonado su guarida sin ser de nadie notado.

Hubo que rendirse á la evidencia y confesar que se diera un golpe en vago. Durante dos días, aún vagaron los civiles por el valle de Mundin sin resolverse á darse por vencidos. Al fin comenzó la desfilada; los de Toinil primero, los de Valcarria después, al fin los de Lamelle... todos fueron

regresando á sus puestos respectivos y el ameno y fértil valle volvió á cobrar su antiguo aspecto patriarcal, su paz envidiable, su idílica tranquilidad... Nada aparentemente había cambiado en él.

Donde cambiara todo, completa y brutalmente, fuera en el mesón. Suriña, la risueña aldeana, vió en un momento arrumbado y destruído su bello y amoroso soñar. Mortales suelen ser para las almas las bruscas caídas desde la altura de sus áureas ilusiones; temibles como la caída del ángel rebelde desde los esplendores de la gloria á las negruras del abismo... Suriña no se rebeló, pero los efectos de su despeño se advirtieron bien pronto y bien claramente en el cambio que se operó en todo su ser. Más de una semana permaneció oculta, ignorada, no dejándose ver de nadie que los suyos no fueran. Al fin, como tal estado de cosas no podía continuar, pues ni el dolor ni la alegría son eternos, hubo de rendirse á la realidad y comenzó á dejarse ver, muy poco y de los más íntimos al principio, más á menudo y de todos después ya. Pero ¡cuán otra de la que antes fuera! Parecía como que sobre ella abatiera sus alas el ángel del Dolor humano, pues jamás cambio más radical ni más completo recordábase entre las gentes comarcanas. Sus mejillas, rosadas antes, parecían atiriciadas de puro amarillentas; á su agilidad y su soltura de antaño sucedía una invencible pigricia, un desmadejamiento total, un deseo inmenso de permanecer aorillada en un rincón como

un ser insensible ó ahinojada ante una bendita estampa de la Dolorosa encerrada en mugriento marco; su bellido cuerpo tornárase en sombra de lo que fuera y ahora parecía flaco, desgarrado, buido: su andar era cansino y triste; sobre su frente cérea caían las greñas de su cabello sin aliño; no había en las líneas de sus flancos, antes poderosos, la rotundidad que tanto encantaba á los galanes de otros días.

Y era lo peor que ahora vengaban en ella los desairados mancebos sus pasados desdenes y las vecinas envidiosas sus amorosos triunfos. No era ya raro que al pasar ante la puerta del mesón lanzase algún mozo, á manera de saeta envenenada y con toda la fuerza de sus pulmones, una sangrienta copla que hacía enrojecer á la muchacha; ni faltaba tampoco la apicarada cendolilla que con provocativo nalguear cruzase ante la cuitada haciendo muecas y carantoñas harto expresivas. Un aturujado lanzado con fuerza hacía estremecer; un arremango de una de sus antiguas rivales hacía brotar á los ojos las lágrimas... Ni perdón ni misericordia tuvieron para ella aquellas almas mezquinas; arreo sentía la pobre Suriña las agruras de la humillación y los latigazos del desprecio.

En vano la infeliz anciana procuraba llevar á su corazón una sombra de consuelo; en vano predicábale un día y otro día para que volviese á su ordinaria vida, contestando á las burlerías con el desprecio, á las coplas con las coplas, á las insolencias

con los desenfadados; en vano exhortábale de continuo á que considerase todo lo ocurrido como una pesadilla que era preciso olvidar... Sí, olvidar; olvidar las esperanzas acariciadas, olvidar aquel amor de maldición, olvidar al hijo de la Loba, al Lobicán maldecido.

¡Olvidar! ¡Cuán fácilmente se dice! ¡Cuán difícilmente se logra! Por ella, el Lobicán, el salteador, el ladrón, el forajido, bien olvidado estaba. Pero el *otro*... el otro, Mingos el galonero ¡ah, ese no! Porque en su corazón y en su memoria aparecían claramente distintas las dos personalidades que ante ella adquiría aquel mozo que hasta el alma se le había entrado. Mingos, el andorrero trajinante de Bergondo, enamorado, zalamero, dulzarrón y engaitador... Ese era el que ella amaba. El otro, el Lobicán, el hijo de la fiera sin entrañas, el hurraño y zahareño á la presencia de los guardias, el fugitivo del pinar de Reibós, el execrado por todos, el perseguido por la justicia, el asesino sin entrañas... ese era recordado por ella con horror, con estremecimientos de asco, con repugnancia mortal, con más grande horror cuanto más la había hecho creer en el otro, en el que ella quería y que sólo era un engaño de él y una quimera de ella...

No hay para qué decir que tanto como la nieta, sufría la abuela las consecuencias de aquel estado de cosas. Señalado el mesón con el dedo como sospechoso, fué menos frecuentado por trajinantes y arrieros, ma-

ragatos y feriantes... La vieja hostelera pasábase los días sin otros cuidados que atender sino á los de Suriña, sin encender el fuego á veces en veinticuatro horas, presa de una mortal astenia que la fué chupando, chupando hasta convertirla en una sombra con apariencias de humanidad. Al fin ya... ni esa sombra. Un buen día para ella, quiso Dios bajar las manos para llevársela á otro mundo más justiciero, á otra vida mejor... Lloráronla el hijo y la nieta; nadie más. Unas cuantas comadres fueron á visitar el cadáver, á curiosear más bien lo que en el mesón ocurría, á olisquear cómo andaba aquello; por bien parecer, tal vez por un tardío remordimiento, arrodilláronse ante aquellos despojos mortales y en la habitación sonó un runrunco semejante á una oración... Pero á la hora de ir á dar sepultura á aquellos pobres huesos túvoselos que llevar á lomos de una matalona bestia guiada por el propio hijo, sin otro acompañamiento que el del párroco que detrás marchaba y el acólito que empuñaba el apagado farolón, mientras allá en la desierta venta, cada vez más triste y cada vez más fría, quedábase la pobre moza envuelta en negras vestiduras, pero más enlutada y más ensombrecida aún el alma.

Como de un lugar apestado huían todos del mesón; como á una casa maldita se le señalaba. La sevicia de aquellas gentes cobardes y rastreras parecía complacer en arruinar más aún de lo que ya lo estaba el mesón del Gallo. Y si por acaso alguien

hablaba de él: —¡Ay! ¿Pero vosté non sabe? —le decían.—Tuviéronle que llevar presos á los dueños y ainda non sé cómo los soltaron á la fin. Porque ahí, en ese mesón, parábale el hijo de la Loba, que era mozo de la nieta de la ama... En la aldea todos huyen de ellos como si le fueran leprosos... Otros, en su pellejo, ya hubieran largado de aquí, adonde ninguno los conociera ni reparara en ellos... ¡Pues non, señor! Ellos ahí se están como cuando el Lobicán venía á entenderse con la rapaza... Ellos gente non la tienen; rentas, tampoco; parar ahí, non paran nin las ratas; el tío Andrés, que antes andaba á los trabajos, ahora, desde aquello, nadie lo llama para nada... y ellos vivir van viviendo... ¡Sabe Dios!... ¡Sabe Dios!...

Pero aún llevaban á mayores extremos su crueldad. Aquellos mismos que al encontrarse con Andrés ó con Suriña volvían la cara para no hablarles, cuando tenían noticia de alguna fechoría de la cuadrilla hacíanse los encontrados, para irles con el cuento á los del mesón: —¡Ay, tío Andrés! ¿Y non sabe? Asegún se murmura ahora ándale la gavilla por tierras de Toiriz... Del Lobicán non se habla si va con ellos, pero imaginase que si, que irá... Cuentan que hace seis noches robaron la ermita de Santa Comba y que se hartaron mismamente de hacer judiadas y escarnios... ¡Y qué habian de robar allí! ¡Una ermita que se sostiene de las limosnas! Pero es lo que se dice de las malas almas:

por la fachenda aquella y por gabarse de meterse hasta con Dios y los santos... Non, lo que es como los pillaran, con descuartizarlos vivos hacían poco, á fe... ¿Y Suriña?... ¿Remiémbrase ainda?...

El señor Andrés, para mejor disimular el vuelco de su corazón y los sentimientos que en su rostro se reflejaban, sonábase ruidosamente ocultando la cara en el pañuelo y alejábase, sin contestar una palabra, adonde no viera á nadie, adonde pudiera estar solo... solo... ¡más solo aun!...



IV

En la floresta, en donde de continuo parece que reina la calma, allí, sobre el espejo que forman las aguas de la fontana escondida, percíbese un monótono y blando rumor; son los suspiros de la brisa en los abedules, los juncos y los robledales.

No es el fuerte rumor de la tempestad; más bien simula queja enamorada ó canturreo de madre que arrulla y mece al hijo de sus amores. El sol, hurgando por entre las hojas, vierte rayos de lumbre, hilos de oro intáctil que van á reflejarse en las claras linfas de la fuente, tan puras y tranquilas, que dejan ver los redondos y pelados guijos de su fondo.

Por sobre las aguas, y casi mojando sus alas en ellas, pasan y repasan las obscuras *lavandeiras*, y en las ramas de los árboles cantan que se las pelan, con el pico entreabierto y erguida la menuda é inquieta cabecilla, los pitirrojitos, las cogujadas y las alondras... Y no se percibe otro rumor alguno.

Sólo de tiempo en tiempo y turbando aquella apacible serenata, remedando las notas bajas y graves, pasa una abeja de verde y áureo vientre, y pasa con recto vuelo, anegándose en aquel rayo de sol, en el que brinca, salta y luce un loco enjambre de átomos de los más hermosos y brillantes colores.

Acaso allá á lo lejos escúchase el isócrono chirriar del escondido grillo; de cuando en cuando una hoja despréndese de la rama que la sostiene, y viene á caer en el agua produciendo un chasquido apagado y extraño; cae en el claro espejo y comienzan en las linfas á dibujarse círculos y más círculos, que se van ensanchando, ensanchando, hasta que, por último, apenas si puede ya seguirlos la mirada: tan desvanecidos mueren.

Y, entretanto, la serenata de las hojas sigue y sigue. El viento exhala sus suspiros entre el ramaje, y allí donde encuentra tupido y fuerte vélo de hojas, finge sonidos austeros y majestuosos, mientras en donde halla sutilezas de verdura y menudencias de follajería, allá en las ramas que el sol tiñe del más bello color de esmeralda, parece como que quiere remedar los silbatos agudos y las notas altas.

Y al mismo tiempo que se oye clara y distinta la serenata de las hojas, vese aquel ir y venir de colores que fascina, ya se mire hacia la altura, ya las miradas se abismen en el fondo de la escondida fuente. Refléjase en ésta el intrincado ramaje

con toda su grata variedad de colores y matices, y casi, casi pudiera jurarse que del fondo del límpido cristal emerge también ese perfume sano y agrio que exhalan las hojas del roble centenario.

Mirando, mirando, adviértese cómo las hojas, al sonar de aquella música, mécese como en voluptuosa danza de hadas; mécese, crúzanse, confúndense unas y otras y vuelven á separarse para tornar después á unirse nuevamente.

Y siguiendo con la mirada tan extraño bailoteo, vese cómo en sus revueltos giros las que antes aparecían cubiertas de sombra aparecen ahora de lleno inundadas de sol, mientras las que antes presentaban los más rutilantes y gayos matices ensombécense á su vez; y aquella danza turba los sentidos, produciendo algo parecido al vértigo, en aquel bullir de luces y colores, y en la contemplación de aquella escala de todos los verdes, desde el más deslumbrador esmeralda hasta el sombrío y casi negro, en la cual fulguran y resplandecen, momentáneamente, como zafiros, trozos inquietos de un azul intenso, destellos de un cielo sereno y puro como la majestad de Dios...

Abrese bruscamente el verde toldo que cierra el camino angosto y profundo que desde el camino conduce á la fontana, y en aquel movable marco de follaje una femenil figura se destaca, enlutada y medrosa. Es la Suriña.

Pero no llega sonriente y alegre, sintien-

do en su oído, como las otras mozas, el cosquilleo de las palabras dulces y amantes escuchadas á la sombra de los castaños en su indolente caminata; cansino y lento es su andar, pero en él se advierte la enorme pesadumbre de los pesares que la ahogan y que tienen á su alma en torcejón constante, en inacabable martirio; brillante es su mirada, pero es su brillo la extraña fosforescencia del mirar inquieto, al cual se asoma un corazón oprimido y atormentado, en los lindes ya de la locura... Yérguese sobre su cabeza la herrada de anchos y recios aros blanqueados por el continuo fregoteo; pero no se alza ufana y pompeante, sino como un peso abrumador que hace hundir la cabeza que la sostiene; el cóncavo cucharón de hierro que la moza sostiene en la diestra mano, cae á lo largo de su oscura falda, rígido, siniestro como un instrumento de tortura...

Lentamente acercóse la Suriña á la fontana que, manando entre dos pedas, forma un verdadero estanque al pie con bordes de flores y de hojas; á su paso, las aves revolaron inquietas como si protestaran contra la intrusión de la que así llegaba á turbar la paz de sus idilios. Recogióse aquélla, apretándolas entre los muslos las negras ropas, dejando al descubierto la descalcez de sus pies y la desnudez de sus piernas, y hundiendo el cacillo en el puro cristal de las aguas, comenzó á llenar la herrada con maquinal movimiento.

En esta operación yacía abstraída, dejan-

do vagar su pensamiento por sabe Dios qué mundos de dolor y de tristeza, cuando una aparición, insólita por lo inesperada, hízole abrir los ojos desmesuradamente y llevarse las manos á la cabeza como si fuera á lanzar un grito de agonía que expiró en su garganta. Apoyóse á un tronco para no dar con su cuerpo en tierra y quedóse poseída de un miedo cervical, castañeteando los dientes y mirando con fijeza extraña al Lobacán, que no otra la aparición que así la había hecho estremecerse.

Avanzaba el mozo hacia ella por el tremedal adelante, con paso decidido y el índice de su derecha mano puesto sobre los labios. No era ya Mingos el galonero ni nadie hubiérale reconocido en el recién llegado, á no ser quien, como Suriña, tan adentro del alma lo llevaba, que adivinábalo en el modo de andar y en los movimientos de su cuerpo. Tenía ahora trazas más bien de un gañán de la montaña ó de un modrego rabadán perdido en aquellas soledades.

—Non tremes, Suriña—dijo el mozo—. ¿Cuidabas que no habías de tornar á verme?

—Vete, Mingos, vete; pídotelo por lo que más estimes, por lo que más quieras... por el alma de tu padre, por la salvación de tu alma.

—Como si nada pidieras. Lo que yo más quiero en el mundo eres tú...

—Pues si no miéntes, por esa ley que me tienes... vete.

—¿Adónde he de irme nin por qué me he de ir?

—Adonde las niñas de mis ojos non puedan verte en jamás. Adonde non puedan pillarte para hacer tu perdición.

—Non has de ser tontiña... A los corzos de las montañas desafío yo, para cuanto más á los hombres... y demasiado debes de saber que yo campo donde nadie campa y que contra mí non pueden nada la justicia nin los ceviles...

—Bueno... pero non tientes á Dios... Tú sigue tu camino y á mí déjame seguir el mío...

—Pero si para mí non hay otro camino que el que tú andes, que el que tú pises... ¿Aún te percatas ahora de eso?...

—Pues hazte la figuranza de que Dios tuvo compasión de mí y que por mí bajó las manos, que ojalá que así fuera.

—Eso non, Suriña; yo non puedo hacerme esa figuranza que tú dices, porque te veo, te escucho y te siento cabo de mí. ¿O es por ventura que á mí me cuentas tú ya con los muertos?...

—Cuida que es un bien de caridad lo que yo te pido, Mingos... Mira que te lo pido con las manos levantadas, como se le pide á Dios la salvación.

—¡Qué tontiña eres! Pues no estás trémeciendo como una vara verde! Desde muy desviado vine por verte, andando de noche por los montés, sin miedo á los lobos, y agazapándome de día por brañas y pinares... Y agora que te tengo cabo de mí, que te siento alentar, que oigo tus hablas, que te miro más linda que nunca te vi, con los colores

que te suben á la cara, ¿dicesme que me vaya? ¿dicesme que te tenga por difunta? O virósete el juicio ó aquella ley que decías tenerme, ni la tuviste nunca ni fué más que una fantasía de tu imaginar...

—Non, Mingos... En eso vas desacordado... Mucho te quise. ¿Y luego, si non te quisiera, estaríate hablando ahora? Pero yo non te conocía, non sabía de ti más que lo que tú me contabas. Ni sabía dónde hacías el fuego ni dónde demorabas tampoco. ¿Qué me importaba eso á mí? Lo único que á mí me regalaba el alma cuando en ti pensaba—que eran todas las horas del día y de la noche—era que había un mozo que me quería y á quien quería; que aquel hombre era rico ó pobre, pero era honrado; que tenía su oficio que le daba el sustento que á la boca se llevaba. Y á ese hombre era al que yo quería. Por él sentíame á las veces trastornada, como si tuviera metido en el cuerpo el mal cativo; por él andaría yo de puerta en puerta pidichando una limosna por el alma de los difuntos; por él sentíame con valor para arrancar con los dientes las piedras del camino... pero aquél non eras tú... aquél non era un asesino ni un ladrón; aquél non llamaba sobre su cabeza las maldiciones de ninguno; de aquél non decía nadie que deberian arrastrarlo ni descuartizarlo... Repara que á aquél podía yo quererlo más que á mí, tenerle más ley que á mi padre... Al otro, al hijo de la Loba... ¡ay, á ese non! Cuanto más desviada de él, más asosegada paréceme que siento el alma...

Conforme los hombres son, conforme deben quererse. Antes, muy gustante y muy honrada con tus quererres, porque non eras para mí sino Mingos el galonero. Ahora, la más ruin y la más infame de las mujeres sería yo si tuviera como antes á orgullo y ufanía tu cariño...

—¡Arreñegadal... ¿Y eso dices, y no te haces de cargo que solos estamos y que esas hablas pudiérante costar lágrimas á hilo?...

—Sería la única traïdoria que te faltase. Engañar, engañásteme bien. Non te falta más que avasallarme por la fuerza al toparme sola.

—Eso sí que non, santiña; eso non. Pero yo venía buscando el arrimo de tu querer, y cata ahí que me encuentro con tu despego...

—Non es despego, non creas. Es horror. Si despego fuera, para mí como si no te hubiera en el mundo, y tanto de ti se me daría como del agua que va por la represa. Pero es horror tan grande ahora como fué antes mi cariño... Ya ves que no es mía la culpa sino tuya. Deja de ser quien eres; torna á ser el hombre humildoso y honrado; arrepiéntete delante de Dios: deja esas gentes, que te llevan á la perdición en esta vida y á la condenación del alma en la otra; aún puedes ser un hombre como los otros. Pídeselo á Dios, que non niega su bien á las almas limpias; adolece y sufre como El sufrió por nosotros, y era Dios. Susténtate con ortigas si tus pecados son muy fieros, con hierbas cécidas si non son tan perras. Pi-

delo y non te canses de pedir á San Breijo de Grandal, á Santa Comba de Lonsada y á San Cidre de Novelúa, que son tres benditos santos que hacen muchos milagros. Y ese lo han de hacer también si tú se lo pides con ansia. Y cuando te hagan bueno, aprende un oficio, que con salú y vista para ganarlo, no falta Dios á los suyos... De mí puedes estar seguro... ¿Quién puede ser tan atrevido que mire para mí sabiendo que yo te quise, que fuí la enamorada del Lobicán, como te dicen?

—¿Quiérese decir que es una mala acción el que á mí se me quiera?...

—Por sabido que lo es. Niégasevos el agua y la sal, ¿y hánsevos de dar amores?

—¿Y por eso quizáis tú padeces también y te insultan y te asuñan?...

—Por sabido que sí. Y ellos non tienen culpa de eso. Para las gentes de bien, la que se enamora de un ladrón non puede ser más que una pérdida, una ladrona, otra que bien baila como él.

—Vente conmigo, Suriña—respondió el hijo de la Loba con resolución—. Ya que el mundo te echa, déjalo tú á él, y vámonos lejos. De nada has de carecer al cabo mío y más bien han de tenerte codicia y envidia esas calandrijas que así te avasallan y desmeritan... Yo puedo ser lo que sea sin que por eso dejes tú de ser buena como el buen pan... ¡Anda, ven...! Yo sé bien el país de una punta á otra, y sé dónde puedes guardarte sin miedo á que con nosotros tropiecen por más que hagan...

Y tendía los brazos á la doncella en ademán de amorosa súplica.

Suriña no contestó. Afirmó sobre la cabeza la herrada, pasó la diestra mano por su borde inferior para limpiarla de las gotas de agua que, como un rosario de perlas, temblaban en él, y emprendió el camino de la sombría y fresca *corredoira* dispuesta á volverse al pacífico aldeorrio y á su mesón abandonado y triste.

—¿Y déjame así, sin una habla de consolación? ¡Suriña!—clamó él con áspero acento y cejjoso ceño.

—Cómo te quiero díjelo ya; cómo te quise lo sabes tú. Ahora mira lo que mejor te cumple. Yo querer no he de querer á nadie. Cuando seas un hombre de bien, llega á buscarme y ofrézcode ser tu esclava, fiel como un perro y humildosa como una ancila. Pero entre mientras déjame, que para sufrir por ti llevo sufrido ya de abondo en este mundo.

Y con la punta del mantelo enjugóse los empañados ojos... á fin de poder sortear mejor los meandros y relejes que cruzaban en todos sentidos el sombrajoso y angosto sendero...



V

Padre é hija cabeceaban somnolentes al pie del lar apagado y frío.

Acababan de rezar el cotidiano rosario, acompañado de las consabidas preces por los queridos difuntiños; la madre, la abuela... todos, en fin, los que gozaban allá arriba de la presencia de Dios y de los santos.

Rafagueaba el candil pendiente de la chimenea y próximo á apagarse.

—Tal noche como la de hoy—farfulló el viejo—, aún hace un año, venían por ti las rapazas y rapaces para que con ellos fueras á bendecir el pan.

—Sí que vinieron, mi padre; pero éranle otros tiempos aquellos...

—Eran de verdad. ¿Quién se relembra hoy de nosotros si no es para mortificarnos, para ayudar á hundirnos aún más de lo que lo estamos?

—Non se apure, mi padre—arguyó la moza sacando fuerzas de flaqueza—. Tras de tiempos, tiempos vienen; y ¡quién sabe aún!...

—El... podrá ser, Suriña, podrá ser, por-

que el Señor todo lo puede—contestó el señor Andrés, sacudiendo la cabeza en son de duda—; pero ya...

—Hace un año, tal noche como la de hoy... ¿acuérdase vosté? vinieron en mi busca Goros el de Cobián y Estebó el de Muradele, con las mozas de Piavella aturujando que mismo daba genio...

—Lo cierto es que en noches como ésta debía de barrérsele á uno el sentido, para que no se acordase de lo que ya fué y no ha de ser más.

—Non se acongoje, mi padre, ni eche á mala parte el que por mí non vengán tal noche como la de hoy para bendecir el pan. Saben que llevo de luto el alma lo mismo que el cuerpo... y eso será.

—¡Cata que sea por eso! Como llevar luto, llévaslo; pero es por tu abuela...

—Para mí como si fuera mi madre mismamente. ¡Non conocí otra!

—Para ti quizais que así sea. Pero no es esa la cuenta que se echan ellos. ¡Apuradamente! Como si non supieran lo que se debe á unos muertos y á otros muertos. (Pausa larga; el señor Andrés, con roncadora voz, añade al cabo de un rato:)—Lo que hay es que es un escarnio lo que con nosotros hacen, y eso non puede Dios dejarlo sin castigo. ¡Lo que hay es que estos desprecios un día y otro día y un mes y otro mes, y siempre arreo, no se pueden aguantar ya más! Lo que hay es que mientras ellos bendecirán el pan esta noche non ha de faltar quien se lo maldiga con toda su alma, para

que las espigas no medren y las cañas empodrezcan!... Lo que hay es que...

—No, mi padre; vosté guardarásese muy bien de hacer tal cosa. El bien para todos; el mal para ninguno. Ni pedirlo ni desearlo, pero ni tan siquiera pasárselo por el meollo... que ya sabe que eso es un pecado mortal que castiga Dios sin palo y sin piedra...

—Otros pecados debería castigar y parece como si no reparara en ellos.

—¡Bendita Santa Eugea, y qué judiadas se le pasan esta noche por las mientes!

—No es esta noche, Suriña. ¡Estas son ideas y pensares de hace mucho tiempo!

—Repáre, mi padre, que no somos nosotros quienes le hemos de enseñar al Señor lo que mejor le cumple... que El sabe hacer justicia mejor que todos los hombres, y que cuando El es servido de hacer las cosas como las hace, razón ha de tener y á nosotros non nos toca sino abajar la cabeza y mandar que se cumpla su divina voluntad!...

—Amén, hija mía, amén; pero allí... lo que yo digo es que precisa ser una bienaventurada como tú lo eres, como lo era tu madre, que en gloria esté, para non soltar por la gorja cuatro barrabasadas...

—Ni cuatro, ni dos... pero ni matan si quiera. Acuérdesese de lo que el señor abade nos tiene dicho: "Reparade que la ira y codicia de venganza es más propia de las bestias que de los hombres, y que al dejarvos llevar de vuestros deseos vos tornáis como ellas, fuera el alma... Y que nada vale todo el bien que hacemos si no ade-

prendemos á sufrir, mansos y humildosos, los males que el Señor se ha servido de mandarnos...”

Un estridente ululato, prolongado y fuerte, cortó la palabra á la moza. Por delante del mesón pasaban las parejas de mozas y mozos que se encaminaban á las paniegas á bendecir el trigo de la próxima cosecha. Barriósele la color á la muchacha, lo cual advertido por el padre, impulsó á éste á descolgar el mortecino candil poniéndolo en las temblorosas manos de Suriña.

—Vamos, nena, vámonos á dormir y que el Señor nos perdone á todos.

Quedóse musca y solitaria la anchurosa cocina. A oscuras y á tientas encaminóse el señor Andrés á su camaranchón; guiada por la trémula luz de la torcida empapada en rancio aceite, la Suriña subió las escaleras que guiaban á su cuarto. Una vez en él, ahinojóse ante la bendecida estampa de la Dolorosa, y ya allí, dejó correr el llanto que hasta entonces esforzábese bravamente en contener...

Era la noche última de Abril. Casi un año había transcurrido desde los sucesos atrás relatados. Era la noche última de Abril, y los mozos de la comarca disponíanse á celebrar, como todos los años, la bendición de la cosecha próxima. Y no solamente las mozas y mozos se desvivían por aquella fiesta nocturna, pero también las viejas parletanas y los viejos rufos y moceros para los cuales no hay función sin tarasca ni rebullicio sin ellos.

En ninguna noche del año, veíanse, como aquélla, animadas y alegres las *corredoiras* y caminejos que cruzaban en todas direcciones el fértil valle de Mundin. Por todas partes animada greguería; en cualquier pedazo de terreno grupos de gentes que, á pretexto de la tradicional ceremonia, buscaban á la noche como encubridora candelera de sus desmanes y sus torpezas...

Suriña, acodada en la ventana de su cuarto veíalos pasar como fantásticos grupos de brujas caminando al aquelarre... Su mirada ensoñadora perdiase en el horizonte, evocando tal vez más bellos días, horas más risueñas... La campana de la ermita sonó lenta y grave, perdiéndose sus sonos desvaídos y alongados en la lejanía... Al sonar de la última campanada, aparecieron súbito cumbradas las montañas vecinas por ríngleras de rojas luces. Pronto á aquéllas respondieron otras y en desgalgaderos y torrenteras, en los cabezos de las colinas como en los senderos limitados por valladares de espinos, la brillante lumbrada se hizo general, asemejando rosario de encendidas cuentas que envolvía el valle en todos sentidos, desde los hondos hierbazales hasta las crestas altas... Aquel reguero de luz, serpenteante y temblón, alzaba en el cielo azul y diáfano roleos y espirales de un humo espeso y blancuzco... Un coro de voces juveniles y jocundas, alzó á los espacios una copla que parecía un planido, á juzgar por la tristonía monotonía del sonsoneo:

Alumea o pan
aluméas ben,
alumea o pan
para o ano que ven...

Pero más tristonra y más lúgubre parecía la cantiga, cuanto á ella respondían con su voz roncona como un hondo moscardoneo, viejas y viejos á compás:

Alumea o pan,
un mollete cada gran;
aluméas, fillo,
cada gran o sen pantrigo...

Y el rastreante arroyo de luz iba y venía en torno de las paniegas como en incensante procesión. A ratos entre la roja atmósfera que la viva lumbrarada formaba, veíase cruzar la sombra de algún mozangón agigantada por un fenómeno de espejismo, ó la extraña silueta de algún grupo que travescando pasaba y repasaba por ante el luminoso foco. De pronto todo callaba, todo parecía quietarse, y á manera de salmódia volvía á surgir en cansado runruneo el consabido cantar

Alumea o pan...

al mismo tiempo que los encendidos fachuzos de paja, inclinándose desde los senderos hacia las paniegas, trazaban en la negrura de la noche círculos y cruces, extrañas líneas y caprichosos giros, manejadas á manera de aspersorios esplendentes... Y la procesión fantástica volvía á su viajata y á su nocturno ambular, y se reunía en un

agro para volver á desparramarse otra vez desde lo más arriscado á lo más llano.

Suriña, la antaño apetecida y hogaño desdenada Suriña, contemplaba desde la ventana de su cuarto la tradicional ceremonia... ¿Pero la veía? La noche era primaveral y tibia, como noche abrileña al fin que franqueaba las puertas al hermoso y florido Mayo; los perfumes campesinos llegaban á ella perfectamente perceptibles convidándola á la placidez y al sosiego... Era una noche sin luna; pero tal fulguraban y parpadeaban las estrellas rutilantes en el intenso azul del cielo sin nubes, que dijérase que era este un inmenso manto sembrado de oro. Arriba más que abajo, miraba la cuitada. Desde el lance del pinar de Roibás tal se había acostumbrado á poner sus esperanzas de consuelo en lo alto, que allá iban siempre y aun involuntariamente no sólo su pensamiento, sino también sus miradas. Miraba al cielo y distraíase en la contemplación de aquel luminoso temblor que la fascinaba y atraía con atracción irresistible. Acaso buscaba entre aquella miriada de estrellas la que era el alma de su madre, á la que no conociera, ó de su abuela, á quien tanto había querido... Si la luz que despedían correspondía á la intensidad del amor que en su pecho despertaban, debían ser las almas de aquellas dos santas mujeres, las más grandes, las más doradas, las más centelleantes... Sonaba allá lejos la canturia sempiterna de pollancones y mozuelas, cada vez más zonzorriona é in-

soportable; pero ella no la oía, atenta como estaba á aquel mudo coloquio, á aquel dialogar sin palabras en que su alma se hallaba enfrascada con las almas de los seres queridos á las cuales contaba mentalmente sus horrendas cuitas y sus dolores inacabables... Ni el sueño la rendía, ni la vencía el cansancio... Por el contrario, dijérase que aquella plática imaginaria absorbía más y más su pensamiento, sus potencias y sus sentidos... Y el desparramado coro seguía canturreando:

Alumea o pan...

Tal noche como aquélla, hacía un año, ella fuera también en aquella ronda nocturna. Entonces no le daban los mozos con el pie, antes la agasajaban y requerían como á la prez y orgullo de la aldea. Cierto que ya por entonces solía Mingos el galonero aparecer por el Mesón del Gallo de vez en vez; pero no eran éstas tan frecuentes ni en el mozo veían tan superiores prendas que hiciese desconfiar á los de Mundin de un completo triunfo sobre aquél... Todo esto contábalo Suriña á las estrellas; pero de pronto arrepentíase de que embargasen su mente tan mundanas ideas y pensaban en cosas más alejadas del mundo, menos en contacto con las miserias de acá abajo.

“¡Si pudiérades bajar! ¡Si pudiérades tornar á la tierra! Entonces los mal pensados verían cómo de tan linda y gloriosa semilla no podía nacer sino una flor como las

que las santas sostienen en sus manos blanquísimas... Si pudiérades bajar, si pudiérades tornar á la tierra, el pobre mesón agora tan tristero y tan medoño, henchiríase todo de luz de gloria. Porque en eso os tornó Dios: en gloria y en luz. Y como yo, pecadora de mí, non había de apartarme de vuestro regazo, codiciosa de esa venturanza que non atopé en la tierra, iríase el mi cuerpo quemando y abrasando, sin sentirlo, en nuestro fuego sin llamas y sin tormentos... y consumiéndome maina mainiñamente hasta quedar trocada en una sombra; menos aún, en un hilillo de luz; aún menos, en una estrela pequeña pequeniña... como esas charamuscas que bullecen y rebrillan allá arriba... como vosotras, que así vendríades por vuestra Suriña para llevársela á Dios y á la Virgen volando, volando como esas estreliñas que pasan y desaparecen de súpeto, y que deben de ser las almas que van de este mundo á comparecer ante el Señor... ¡Por eso corren que vuelan!..“



VI

De aquel profundo ensimismamiento vino á sacarla, cuando lo esperaba menos, un extraño incidente. Aquel reguero de luz que iba y venía serpenteante y fantástico, comenzó á diseminarse sin orden ni concierto alguno. Casi al mismo tiempo cesó el cantaleo como por ensalmo, y sucedió un insólito broar como de turbión lejano., ¿Qué era aquello? En encuentro con lobos no había que pensar; precisamente la luz los arredra y acoquina. Y que algo desusado acontecía, no podía ni en duda ponerse. Claro se revelaba en aquel inesperado apretujamiento con que las luces huían, huían de las alturas hacia el fondo del valle; claro también en el alarido estridulante que de cien gargantas se escapaba á un tiempo...

Suriña arqueó el entrecejo como pretendiendo inquirir entre las negruras de la noche la verdadera causa de aquella agitación, de aquel huir como miedosa corderada á través de barrancos y sembrados, de cantorrales y senderos, gritando hasta desgajarse...

Ya la parte alta de los montes volvía á quedar sombrajosa y muda... De pronto, allá hacia la parte Lamelle, parecióle advertir un fulmíneo resplandor, y otro y otro luego... Grande era la distancia, pero á los ojos aldeanos, hechos á avizorar entre las sombras, no pasaban inadvertidos aquellos chispazos lejanos que como estrellas brillaban momentáneamente en la obscuridad, intercadentes y misteriosos... Para Suriña no cabía vacilación alguna. Allá andaban á tiros. Y para más afirmarla en creencia semejante, á medida que á Mundin acercábanse los que disparaban, oíase más perceptible y claro el silbar de las balas al surgir con la celeridad del rayo de las bocas de escopetas y retacos... ¿Alguna *liorta* entre mozos? Podría ser muy bien; aunque para acometidas tales suelen más bien darse cita en ferias y romajes... Y el detonar de las descargas seguía y el rafaguear de los disparos continuaba. Y no cesaba tampoco la vertiginosa desfilada de los mozos y mozas, lo mismo de las tímidas corderas que de los ternejales y jaquetones perdonavidas... Una fuga á la desbandada, sin mirar atrás, sin huelgo, sin descanso, á salto de mata; una fuga loca, desesperada... Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, valientes y mandilones, con los *fachicos* encendidos aún los unos, sin ellos los otros, todos corrían hacia Mundin en rápida riolada, pávidamente, locamente, cayendo aquí para levantarse allá, tranqueando acezosos, ululando para espantar el propio miedo...

Ya estaban cerca... Ya los más ágiles habían conseguido ganar el valle, ya comenzaban á congregarse en el egido, ya sonaban más claros y perceptibles los disparos, cuando Suriña, que comenzaba también á sentir un terror pánico, abandonó la ventana para correr en busca del tío Andrés que dormía con la placidez de quien nada tiene que la conciencia le remuerda.

—¡Mi padre!... ¡Mi padre!—gritó la moza entrando en el cuarto.

—¿Qué es, rapaza?—preguntó el mesonero despertando sobresaltado.

—Que andan á tiros... No sé lo que es... Pero se siente muy bien.

—¿A tiros?... ¡Recorciol! ¿A qué lado?...

—Empezar empezaron allá por la banda de Lamelle, pero vienen cara á Mundin los que sean.

—¡Recorciol Voyme á vestir á ver qué es eso...

—Escuche... ¿Non oye cómo berran los mozos? La fiesta de la víspera de Mayo acabóseles pronto esta vez.

—¿Hay mucha noche aún?...

—Aún la hay, sí, señor.

—¿Y tú estabas de pie?

—Estaba.

A medio vestir subió el patrón á ver de qué se trataba. Cuando padre é hija asomáronse á la ventana que Suriña ocupaba poco antes, ya algunos de los mozos llegaban al valle desalados y jadeantes. La irrupción iba cada vez en aumento. Ya comenzaban á desfilarse por delante del mesón, cuando el

tío Andrés, que reconociera en la voz á uno de sus convecinos, acaso el único que con él solía departir aún de cuando en cuando, atrevióse á preguntarle:

—Oye tú... Cidrán de las Carpazas, ¿qué vos pasó en el monte?

—¡Ah de Dios!., Que andan á tiros por allá arriba.

—¿Pero el... sábese quiénes son... ó de dónde son, hombre?

—Verás... Como saber, sábelo el diablo. Mas asegún se dice, deben de ser los civiles de Lamelle, porque ellos de aquella banda vinieron y los tiros non son de revólver... ¡Mesmamente parece que arde el mundo!..

—Asús, Asús!... Pero para saliren los civiles á las altas de la noche.

—Non debe de ser cosa de risas... ¡Vaya, Andrés, saludiña, que á fe non te está la noche para parrafadas!

—¡Pues adiós luego y vayas muy dichoso, Cidrán!

Alejóse el de las Carpazas. Momentos después llegaba un grupo de hombres y mujeres. Alumbrábalos escasa y siniestramente con sus rojizos resplandores uno de los *fachicos* que lanzaba ya sus llamaradas postreras. Pasaban comentando animadamente el suceso de la noche... Suriña y su padre oyeron algo así como de un asalto al puesto de Lamelle... ¡Imposible! Asaltar nada menos que una casa-cuartel de la Guardia civil, por muy rural y pobre que aquélla fuera, no cabía en lo imaginable..

¿Quién había de ser bastante osado para meterse de hoz y de coz en el cubil mismo de la fiera?... Pues tanto montaba el intentar un golpe de mano al puesto de Lamelle...

Y el tiroteo seguía acercándose y veíanse más perceptibles los fogonazos y se veían más claras las detonaciones. Casi, casi pudiera seguirse desde la ventana el desarrollo de la lucha. Veíase que uno de los bandos, bordeando el flanco de una colina intentaba ganar las espesuras del pinar de Reibós, y que todos los esfuerzos del otro tendían á estorbarlo y á impedirlo...

Los grupos se dispersaban ganando los atajos que más pronto les llevaran á la tranquilidad y el seguro de las chozas aldeanas... Desde la ventana del mesón tomárase los por negras riuñleras de hormigas que iban camino de los hormigueros... Ya ni cantares festeros ni aturujos estridentes. El silencio sombrajoso que impone el pavor invencible, el recato que la tragedia lleva á los ánimos más fuertes... Eso era todo. Un silencio sólo turbado por el choclear de las madreñas ó por alguna conversación sostenida en voz baja, como si en circunstancias tales pudiera acarrear desgracias al alzar el grito... Una de estas conversaciones sostenida casi al pie de la ventana al dividirse en dos uno de los grupos, acabó de orientar al tío Andrés y Suriña en lo que aquello podía ser, en lo que se creía que fuese, en lo que acaso los fugitivos consideraban más racional y verosímil.

En aquellas hablanzas se citó el nombre fatídico, el que á todos ponía temor y espanto... ¡*La Loba!*

Si, de la Loba se hablaba y se decía algo de venganza, de que se la tenían guardada á los civiles de Lamelle... Si ello era cierto, todo se explicaba fácilmente. Sin duda, tratábase de hacer pagar caro á los guardias la sorpresa de hacía casi un año, la sorpresa del Lobicán en el Mesón del Gallo... ¡Y desde entonces la tenían guardada los de la gavilla! Esperar era...; como era también coincidencia y grande que viniesen tiroteándose unos y otros desde Lamelle hasta el pinar—más de media legua—, hasta aquel pinar que el tío Andrés deseaba que Dios lo confundiera ó que un rayo lo abrasara.

No... y que no elegían mal los desalmados, aquellas almas negras... Una vez ganado el pinar, á favor de la foscura de la noche, podían diseminarse, tomar cualquier dirección, ponerse en salvo, chasqueando así á aquellos que intentarían sorprender. Y entonces cruzó una horrible idea por la mente del mesonero... ¿No volvería á verse detenido, llevado entre los guardias, como antaño, de su casal á la cárcel y de la cárcel á la presencia del juez? Aquella condenada preferencia por el pinar y el haber sorprendido una vez al Lobicán en el mesón, hacíalo temer todo... Y era lo peor, que eso equivaldría á justificar la ojeriza de los vecinos, que encontrarían muy en su punto cualquier desaguisado, cualquier

atropello, cualquiera *falcatruada* de parte de los del tricornio.

A esta sola idea sentía el tío Andrés que el corazón se le encogía y que sus dientes delgados tembloteaban nerviosamente:

—Mira, rapaza, cierra la fenestra. Non haga el diaño que nos topemos con una bala perdida... Además, de que metióseme en la caña de los huesos una friaje condenada. Ende amaneciendo, ya será otro cantar.

—Non tendrá que mandarlo dos veces, contestó Suriña. Parece cosa de brujería. Tan buena noche como hacía y ahora va un frío que pela.

—¡Pues hala, halal Botaremos un chisco de vino para templar el estómago y después á la camiña, que está mal y se está más á gusto y más caliente que un cuco...

Obedeció Suriña sin chistar, y poco después, en su camaranchón el padre, en su cuarto la hija arrebuñábanse entre las gordas y morenas sábanas de lienzo del país.

Acostáronse, pero no pegaron ojo. Seguían oyendo allá afuera el fragor de la lucha á lo lejos, más cercano el runruno de la espantada turba-multa que huía al aldeorrio, alentándose un momento sin tornar atrás la mirada, cual manada de liebrezuelas perseguidas.

Soltaba el tío Andrés, uno tras otro, arremangos, tacos y denuestos, mientras Suriña la cuitada, aovillándose entre las sábanas del moreno y burdo lienzo del país, balbucía oraciones y musitaba plega-

ria tras plegaria á todos los santos y santas reverenciados por ella, desde la Virgen del Corpiño á Santa Eugea, desde el Santo Cristo de Boborás á San Amaro de Portocelo, de San Breijo á Santa Atramunda...

Y así una hora y otra hora, hasta que el silencio se hizo y el primer destello auro-ral comenzó á filtrarse tenuísimamente por las resquebrajaduras de las ventanas, y comenzaron en la espesura pinariega su alborada de pitíos los coros de mazaricos y pitirrojos.



VII

Con la luz del nuevo día comenzaron los del tricornio un despacioso registro en el pinar de Reibós. Enmarañado y espeso el arbolado, lleno el monte de hoyancos y barranqueras, la labor fué penosa y larga, pues las pesquisidoras miradas no alcanzaban á muy lejos. En una hondonada topáronse de manos á boca con el cadáver de la capitana ternejal y maldecida, de la Loba misma, acribillada á balazos, con su rostro averdugado, su cuerpo enjuto y sus turnios ojos entreabiertos y amenazantes aún. Por lo numeroso de sus heridas pudo presumirse que se debió encontrar en lo más recio de la pelea, y por los desgarrones de su apergaminada piel y el estado de sus ropas, convertidas en informe montón de calandrajos, que debió buscar la salvación huyendo á rastras por entre pinochas y carquesias hasta llegar al sitio en donde encontró la muerte. Colmó este hallazgo de contento á los civiles, y la fausta nueva divulgóse con presteza, extendiéndose del valle de Mundín á la comarca primero, á

la provincia entera después, y siendo en todas partes comentada con regocijo: tal era la medrosía que el sólo nombre de la ladrona despertaba en el ánimo de las gentes, aun las más jaquetonas y engalladas.

Dichosos y alentados por tan feliz comienzo, continuó la rebusca en el pinar. Unas ginestas holladas, un rastro de sangre, una débil rama desgajada al huir, servían de orientación. Uno aquí, otro acullá, otros cuatro cadáveres fueron encontrados. Claro se advertía en aquellos cuerpos que habían caído barbotando maldiciones, estridulando los dientes y crispando los puños, rabiosos y renegando de su desgracia y su impotencia. Cinco muertos en total; pero estando de diez compuesta la gavilla, faltaban otros tantos en la cuenta—el Lobicán entre ellos—, los cuales á buen seguro que habrían conseguido escapar á favor de la foscura de la noche y al detonar de los primeros disparos.

Pero tal importancia tenía para todos la muerte de la Loba, que sólo en ella pararon mientes y pusieron atención, lo mismo los civiles de Lamelle que los pelantrines de Mundin, así los legos como los de la curia. Muerto el can, acababase la rabia; y como en el cielo hay Dios, creían á pies juntillas que podrían dormir en lo adelante á pierna suelta y á sus anchas, lo mismo los abades rollizos que los granjeros arrendados, así las mozas jarifas como los trahumantes mercaderes. El golpe había dado en la cabeza, y los demás miembros, faltos

de ésta, faltos de dirección, del genio impulsivo, de vida, en fin, no eran de temer, ni motivo de inquietudes y desasosiegos. Los lúgubres prestigios de la Loba lo eran todo; sin ella, ya podían dormir á sus anchas y de par en par las puertas, aun aquellos que escondidas tuvieran en las misteriosas oquedades de las paredes las vidriadas orzas bien repletas de amarillentas y lustrosas peluconas del buen Rey y Señor Don Carlos IV, para regalo de los ojos y arregosto del espíritu.

La alegría de triunfo tan sonado, que seguramente popularizarían muy pronto los romances de los ciegos y se traduciría á buen seguro en sendas y resaltantes cruces sobre las casacas de los civiles de Lammelle, hizo á éstos olvidar que nuestros pinares guardan misteriosos recovecos, marañas inaccesibles, matorrales casi inescrutables. A bien que, según de fijo calcularon, no era cosa de esculcar árbol por árbol, cantorral por cantorral, mata por mata todos los escondrijos y altibajos de aquel pinar de Reibós. Harto aperreados les trajeron meses y años la Loba y los suyos, y bien cumplido fuera el castigo, según ellos, para que les fuera negada la satisfacción del descanso y la confianza de que habían limpiado el país de semejante gentualla en unas cuantas leguas á la redonda.

Cuatro declaraciones *pro fórmula* en el atestado formado por los guardias; luego un carro del país, de altos estadoños y ejes rechinantes y cantarines; dentro de él los



cadáveres de los cinco malhechores muertos, montón informe de guñapos y carnaza; y allá después el Juzgado con sus averiguaciones y sus pirámides de papel de oficio, y allá después el forense con sus autopsias, rajando cuerpos abofellados y blandujos, aspirando la agrura de las carnes cortadas, confundida con el penetrante olor de los antisépticos y gozándose en la penúltima disección, anticipándose á los vermes roedores de ultratumba...



VIII

En el que fuera antaño Mesón del Gallo, y ahora no era sino destartalado y baldero caserón, no quedaba ni un haz de carquesia ni un reseco pinazo para el fuego. Tuvo, pues, Suriña que ir por leña al monte, al pinar de Reibós, para traerse unas arregazadas de unas y otros, que al ser lanzadas en el lar, volverían á alegrarlo con su humazo perfumado y acre y sus lenguas llameantes. Caía la tarde de la noche siguiente á la sonada montería; mozas y mozos comentaban en las casas aldeanas los sucesos de la noche anterior toqueando los cuerpos con la soñarrera invencible; iban los viejos de acá para allá restregándose los ojos con las palmas de las manos para no darse por vencidos. Desiertos los caminos, señero el monte. El último rayo solar deshilachábase á través de la espesura, derramándose en haces de una luz de oro pálido.

La nieta de la señora Locaya aventuróse resuelta y decidida pinar arriba. Mientras la noche no cerrara, todo iba bien, y cuatro

golpes de hoz y el desgaje de otras tantas ramas no era labor ni muy pesada ni de mucho tiempo tampoco. Pero el diablo, que las cargas no quiso que fuera así, y en la mente de la moza puso ensoñares y pensamientos que de un modo insensible distrajeran su atención del asunto principal para fijarla en aquellos otros que á su corazón interesaban más: "Por aquí—pensaba mirando un caminejo—debió Mingos escaparse hace un año, cuando supe quien él era... Por este otro lado pudieron escaparse la Loba y los suyos si una bala *traidora* no les cortara el hilo de la vida... Por esta banda andaría él ayer, á buen seguro, porque no había de llegar á tanto su mala alma que mientras su madre andaba á tiros con los civiles él no estuviese al costado suyo..." Y á él, á él volvían involuntariamente, fatalmente, los pensamientos todos de la rapaza...

En tales pensamientos abstraída el ánimo, de un modo insensible, queriendo y sin querer á un tiempo mismo, cohibida por la medrosía que la hora y la espesura le inspiraban, y alentada á la vez por las amantes remembranzas que acudían á su imaginación fuese, internando pinar adentro, cuando de su honda abstracción, de su profundo ensimismamiento vino á sacarla un gemecer angustioso que á sus oídos llegaba claro y distinto. ¿De quién, en tal lugar y á aquella hora? Piedad nativa tal vez, acaso instintiva curiosidad, aguijaronla poderosamente á seguir aquellos ayes y ge-

midos que no daban espera el uno al otro y que sonaban más cercanos cada vez...

¡Ave María de Gracia y lo que ella alcanzó á ver al desembocar en un claro del pinar! Sobre un hierbazal que en un hoyaneco crecía exuberante y vicioso, yacía retorciéndose el cuerpo de un hombre en agónicos estertores. A las altas matas agarrábanse sus manos desesperadamente, mientras la boca espumeante buscaba la frescura del suelo sombrajoso por las sombras primeras de la noche. Pero la sorpresa del encuentro quedó pronto vencida por otra mayor sorpresa. Aquella voz sonábale á cosa familiar y conocida; ella oyera aquellas inflexiones antes de ahora, no en son de queja, no como gemebundo inarticular, pero las oyera. Vencida por la curiosidad irresistible, apretándose con ambas manos el corazón que del pecho parecía querer salirsele, á modo, pasito á paso, fué acercando al desventurado que tales gemidos exhalaba. Un grito agudo, penetrante, se escapó de su garganta al reconocerle:

—¡Virgen queridal... ¡Mingos!...

Y no pudo al pronto otra habla pronunciar la cuitada. Las cuerdas del corazón cortábale la presencia de aquel hombre— para ella siempre el galonero Mingos— convertido en un montón de carniza sanguinolenta. Transida de horror, se acercó á él; escalofriado el cuerpo, dejó caer en tierra las rodillas; en sus manos tremantes sostuvo la ensangrentada cabeza, y mientras las lágrimas caían por sus mejillas hilo

á hilo, aún tuvo fuerzas para murmurar, con voz tan dulce como la de un rezo:

—¡Mingos!... ¡Minguinos!...

Tornó el Lobicán los ojos hacia ella. Los ojos y no la mirada, pues que ésta había huído de ellos para siempre. Volvió hacia la moza aquellas órbitas ensangrentadas, deshechas, y como queriendo atraer á ellas la luz que ya jamás volvería á animarlas, fijándolas tercamente en el sitio donde sonaba, amorosa y dolorida la voz femenina, estertoreó más bien que pronunció la clave de aquella tragedia:

—¡Ay, Suriña! ¡Mi vida y mi alma! De ti había de venir para mi el regalo de un consuelo en esta hora de mi muerte...

—¿Qué dices de morir?—interrogó ella mesándose el cabello.

—La verdad, Suriña. A su mundo voy y la veo clara, aunque la luz de los ojos me falta...

—Pero ¿cómo pudo ser?...

—Ni yo lo sé, pobre Suriña... Debió de ser que quise matar más y más pronto... Cargué el arma hasta la boca, y en las manos reventóseme... Sentí fuego en el cuerpo y en el alma... Delante de mis ojos brilló una llama como deben ser las del infierno... y nada más vi... y no volví á ver más... A hilo se me escapa la vida... ¿Me perdonarás tú cuanto mal te hice?

—No, Mingos, no... Tú sanarás, tú tornarás á ser fuerte... Tú serás mío... yo seré tuya, ahora más que nunca.

—Engáñate la ley que aún me guardas,

pobre Suriña, pero repara, repara en mí... Un cribo debe de ser mi cabeza destrozada, huyéndose la sangre con la vida por cada uno de sus forados...

—Pero yo te sanaré, yo te cuidaré, yo te salvaré. ¿Adoleces de calentura? Con mis manos cogeré el agua de la fontana para robártela. Ya verás. Con mis manos, con mis labios curaré esas tus heridas; para ti viviré, seré tuya sola; por ti lo dejaré todo...

—No puede ser que Dios quiera que yo viva.

—Puédelo Dios todo. Yo se lo pediré con el alma...

—No. Vale más morir. ¿Qué iba á ser de mí; qué iba á ser de ti?

—Verás. Para cuidarte, para ti, de puerta en puerta iré yo pidiendo un bien de caridad por el amor de Dios y las almas de los difuntiños... Pero no te me vayas, no te me mueras. En romajes y fiestas pedicharé una limosna para ti... Cantaré, tocaré... ¡pero no te me mueras!

Bandeábase á uno y otro lado la cabeza del Lobacán mientras así la moza discurría; de su garganta comenzaba á fluir un regurgitar afanoso y atormentador. Aquello era la muerte; era la muerte que llegaba.

Suriña, loca de espanto, presa de un terror indefinible, quiso llamar, gritar pidiendo acorro y amparo... Pero ¿á quien?, ¿adónde?

Gritar, reunir gente, era condenar á Min-

gos, era entregar al Lobacán al brazo de la justicia, que le buscaba. Suriña vió que aquella vida escapábase por minutos. Con resolución brava y heroica, teniendo entre sus manos la cabeza ensangrentada:

—Ven—díjole al amado—, ven... Yo te llevaré conmigo, y después...

Iba á contestar Míngos; sus labios entreabriéronse penosamente lanzando roncós é inarticulados sonidos, cuando á los oídos de Suriña llegó un alarido lontano que sonaba á sus espaldas. Fué un alarido gigante que detonó brusco y trágico en aquel descampado y á aquella hora sombrajosa y lúgubre. Volvió atrás la moza la cabeza, A lo lejos un rojizo y llameante resplandor surgía siniestro; entre el bermejo fondo columbrábanse pelluzgones de oro fundido, casi blanco. Algo ardía allá á lo lejos; el resplandor semejaba llegar del sitio donde se alzaba el caserón que antes fuera Mesón del Gallo... Tremeció el cuerpo todo de la moza. Su amado moríasele en los brazos. Las rojizas charamascas alzábanse precisamente en el hogar del que acabara de salir... Su amor aquí, su padre allá... Una horrible convulsión agitó el cuerpo del Lobacán... Extraviáronse sus ojos sin luz en un congojar supremo, y la cabeza cayó sobre el brazo, rígida, inerte, sin vida.

A los lejanos alaridos respondieron en el pinar otros, agudos, estridulantes, salvajes, y Suriña huyó de aquellos lugares como alma posesa, como cuerpo vencido por una loca ebriedad, y allá corrió desala-

da, dando recias garfadas á sus cabellos, y fieros manotones á sus ropas que se engarzaban á los silvestres hierbajos y en las punzantes ramadas de los pinos de Reibós.



IX

Ardía, ardía el viejo mesón del Gallo, aposento un día de trajinantes zoquetudos y gallofos andariegos. Nadie supo, ni pudo saber jamás, cómo aquello aconteciera. Súbito advirtieron los vecinos el esplendor de las llamas, y cuando allá acudieron chodeando fuertemente las madreñas, en infernal greguería, no era ya la vieja casona, sino una inmensa hoguera que abarcaba desde el alpende al hogar. Notóse que por ningún lado aparecían el tío Andrés ni la Suriña, y esto hizo recelar á las viejas parletanas que acaso fuera el fuego intencionado.

Pero súbito vieron llegar del lado de Reibós á Suriña, acezante, descompuesta, magdalénica. Al resplandor de las llamas su rostro céreo adquiría vislumbres rojizos. Rafagueaban las llamas duramente, violentamente; brotaba el volcán con sordos mugidos; en lo alto, muy alto, la enorme columna del humo deshaciase en roleos siniestros.

—¡Mi padre!... ¡Mi padre!—gritó la moza

con acento en que iba desgarrada el alma.

Entonces comprendieron los mal pensados que no era cosa de broma ni de propósito hecha. Recelaron todo el horror de la tragedia. Dos ó tres mozancones sintieron en su pechos arrestos bastantes para buscar entre las llamas toda la verdad de la tragedia, y entretanto que viejas y mozas intentaban engaitar á Suriña, acuitadas por su gemecer hondísimo, lanzáronse aquéllos á salvar al bonazo del tío Andrés, si esto era posible.

Pero ya no. Vieron su cuerpo de bruces sobre el santo suelo, cerca del bar, envuelto en el negro humazo y cercado por las llamas, que ya en él hacían presa; calcularon que al verse sorprendido por el fuego intentó ganar la salida, pero tal vez una asfexia invencible, una asfexia brutal hiciérasele caer á tierra, de la que no debía volver á levantarse. Intentar recogerle de allí era ir á sabiendas á la muerte entre las llamas...

Al verlos Suriña salir de la casa sin el cuerpo del señor Andrés lo adivinó todo en un decir Jesús. Fué primero un gemecer angustioso y cruel, después un gritar hasta desgañirse, llamando arreo por su padre... Al fin cayó en tierra pesadamente, antes de que los brazos de las proseras comadres se extendieran hacia ella para impedirlo.

.....
La Suriña dejó el valle, del que fuera un tiempo la mejor presea. A la siguiente noche de las muertes del Lobacán y el tío An-

dres, una serena noche de reglado y azulencó lunar, marchaba camino real arriba, sin volver atrás la mirada, sin otras ropas que las puestas, pero abrumada, en cambio, el alma por una carga de pesares infinita.

¿Adónde iba? ¿Qué le importa á nadie, si ni á ella misma le importaba en tal momento? Huir, huir del valle maldecido donde las dulzuras eran hieles para ella, donde los rosales no tenían para ella sino espinas.

Y huía... huía...

FIN

CARNE DE POETAS



Carne de poetas.

I

Sr. D. Marcelo Alvarado.

Madrid 18 de Septiembre.

Mi querido Marcelo: Acabo de leer por tercera vez—¡por tercera!—*La Gala de Medina...* ¿Cómo quieres que te diga que eres todo un señor autorazo? Tenía yo vagas reminiscencias de la historia del Caballero de Olmedo. Recuerdo haber leído esa leyenda, relatada no sé por quién, en mi primera juventud, cuando todo lo romanesco y extraordinario viene á herir nuestra imaginación con mayor fuerza; pero de entonces acá (aunque ya sabes que no soy viejo), ha llovido bastante, se han secado muchos barro y se formaron otros muchos... No conocía la obra de Lope de Vega ni la de Monteser, que desarrollan el mismo asunto, y no te maraville ni te cause extrañeza siquiera. Ahí, en provincias, tenéis tiempo á leer y á estudiar; aquí, en Madrid, no lo

tenemos sino para la lucha. Aunque te parezca mentira, yo conozco á muchos, á muchísimos aplaudidos autores que no saben á punto fijo quién fué el que escribió *La Estrella de Sevilla* y que serían capaces de confundir al autor de *La Verdad sospechosa* con el de *El sombrero de tres picos*, lo cual no les impide escribir, estrenar y hasta recoger aplausos y dinero...

Pero, volviendo á *La Gala de Medina*, aunque sospechaba que por ser tuya había de ser cosa no vulgar ni mucho menos, no creía que de tan acabada manera y en tiempo tan escaso, te me descolgases con una obra en tres actos y en verso, en los cuales no sobra ni falta nada; á mi juicio, se entiende.

El acto primero, el de la feria de Medina, es una monada de animación, de poesía y de vida; el segundo, en el que se presiente y casi *se ve* el torneo que se celebra entre bastidores, es brillante, y prepara de modo magistral el último, en el que recibe misteriosa muerte el Caballero de Olmedo.

Y con estar el plan tan perfectamente concebido y desarrollado, aún encuentro mejor la forma literaria con que has sabido revestir las escenas de la obra. ¡Vaya unos romances zorrillescos, y vaya unas redondillas sonoras, rotundas, impecables! Quien así empieza, créemelo, ó está llamado á sacar muchos moños ó yo no entiendo una palabra de estas cosas. Pues de los cantables, ¿qué te diré sino que son verdaderos

trozos de poesía, felices hallazgos, en los que el músico puede lucir su inspiración y dejar que ésta despliegue sus vuelos por grandes que ellos sean? Creía yo, cuando me propusiste la colaboración, que algo me dejarías que hacer á mí; pero lo cierto es que no encuentro nada, absolutamente nada que enmendar en tu libro. Tocarle al asunto me parece una mutilación bárbara é inútil; retocar un verso, una profanación. Y en circunstancias semejantes, ¿cómo quieres que, decorosamente, ponga al lado de tu nombre el mío en la portada del manuscrito?

Yo creo que esto no debe ser. Lo cual no quiere decir que no vaya á recomendar tu obra con igual empeño que si mía fuese; de ello puedes estar segurísimo. En Price necesitan una obra. Allí tienen mi *Gonfalonero*, pero no creo que les baste, y, siendo así, recibirán de fijo *La Gala de Medina* con los brazos abiertos y bajo palio. Se la leeré al maestro Garcés, que seguramente se quedará con ella, aunque no gusta de la colaboración con principiantes; pero, sea él ó Salinas, uno de los dos le pondrá la música. Confía en mí, y cuenta con que todo ha de arreglarse á la medida de tu deseo, que es también la del mío.

Te felicita entusiasmado y te abraza efusivamente tu mejor amigo y compañero,

GABRIEL CUBILLO

II

Sr. D. Gabriel Cubillo.

Muraleda, 21 de Septiembre.

Mi querido Gabriel: Agradezco tu lisonjera carta, en la que descubro más al amigo cariñoso que al inflexible juez que iba yo buscando. Ni creo que mi obra sea tan impecable como dices, ni que en ella dejes de encontrar escena donde meter la podadera ó verso á que aplicar la lima; no participo en esto de tus entusiasmos, acaso porque—contra lo que de ordinario acontece—, soy yo padre descontentadizo y riguroso que jamás queda satisfecho del todo de las propias creaciones.

Lee, lee, pule y corrige... y firma, pues quiero que mi nombre vaya unido al tuyo, ahora y en lo que á lo sucesivo escriba. Que la obra guste y que Garcés ó Salinas la adornen con su música, que ir en tan buena compañía monta tanto como sentar plaza de capitán general en el ejército de las letras. Y yo quiero llegar y llegar pronto; y lo quiero, porque aquí, en esta triste y opaca Muraleda de mis pecados, siento que me asfixio literariamente, que me falta aire respirable. Y quiero ir á Madrid y tomar un puesto en la lucha, pero mejor cuanto mejores sean las condiciones en que vaya. De suerte, que cuando la obra esté aceptada y el músico haya comenzado su labor—señal segura del estreno próximo—, allá me tienes

dispuesto á reincidir con *La Tirolesa*, otra obra que creo ha de gustarte, por el asunto y por el ambiente que he elegido para ella.

Harto y más que hartos estoy ya de escribir versos cursilotos para tertulias y veladas donde lo bonito se prefiere á lo inspirado; hartos y más que hartos de alternar en las columnas de *El Progreso* y *La Voz de Muraleda* con pelanduscos gaceteros sin gramática y sin sexo; hartos y más que hartos de escribir sin provecho y sin gloria y hasta quizás para la mayor gloria y provecho de los otros.

Esto último acaso no lo entiendas, pero en fin... No sé si sabes que la duquesa de la Torre primero, la de Alba después y la marquesa de Ayerbe por último, han escrito y publicado sendos libros de recuerdos personales ó de genealogías é historias que les son familiares de toda familiaridad. Pues bueno; aquí, por no ser menos, tenemos también á la marquesita de Guntín que se ha empeñado en recopilar las tradiciones y leyendas del vivir de su familia (de la de su esposo más bien); un castillo enclavado en lo más abrupto de estas montañas. Se ha empeñado en escribirlas, y es lo malo que las escribió, efectivamente, y es lo peor que á mí me las confió para que yo se las retoque y pulimente y les dé, en fin, un sabor y un carácter que no tienen y un estilo literario que les falta.

Y en ello estoy. Se trata de una mujer joven y guapa (no sonrías; es casada... ¡y es marquesa!); se trata de una dama á quien la

suponen ingeniosa; de una señora en cuyos salones leí yo mis primeros versos y escuché los primeros aplausos; y, cuando no, por galantería, por agradecimiento siquiera, he creído que no debía de negarme á una petición que ella hacía como la cosa más natural, corriente y sencilla del mundo. En la última de sus veladas, leyó ella misma (porque lee bien, eso sí) *La cueva de los encantos*, una de aquellas tradiciones. Se la celebraron mucho, se la aplaudieron más, proclamóse á su autora émula de Emilia Pardo; los periódicos de Muraleda se hicieron lenguas de su ingenio (¡pschsl), de su talento (¡mentiral), de su inspiración (¡horror!)... En cambio, unos y otros creen hacer demasiado si acogen con una benévola sonrisa (cuando los publican ó los leen), unos versos en que se exprime un alma... pero que llevan al pie la firma de un Marcelo Alvarado, que no ha cometido otro crimen que el haber nacido lo bastante tarde para que todos los muraledinos le recuerden en aquellos tiempos en que apenas si alzaba media vara del suelo.

Así es que estoy... hasta la coronilla, que no gasto, mi querido Gabriel. Apura, apura esa *Gala de Medina*, y á ver si con la ayuda de tu mano puedo salir de esta cueva, donde, si no estoy encantado como en la leyenda de marras, estoy bastante peor, que peor es el estar dado á todos los diablos.

Tu agradecido amigo que desea abrazarte pronto,

MARCELO ALVARADO

III

Pasados en su hogar de Muraleda los días navideños, llegó Alvarado á Madrid en las postrimerías de Diciembre, y en la estación del Norte logró ver satisfecho su afán de estrechar á Cubillo entre sus brazos. Por el momento llevósele éste á su casa, donde en animado parloteo pasáronsele rápidas las horas á los dos camaradas hasta que el sueño vino á sellar sus labios y á cerrar sus ojos.

Cubillo estaba en pleno éxito. Su *Gonfalonero* llevaba ya veinticinco noches en el cartel, y prometía llegar á cincuenteno. Tratábase de un verdadero *succès*, en el que, á ser franco el libretista, veríase obligado á confesar que alcanzaba la mayor y mejor parte á Garcés, el músico incomparable, salvador sempiterno de libretos débiles y ñoños. De esto hablaron principalmente Cubillo y Alvarado aquella noche, de lecho á lecho, así como de sus planes y proyectos para lo futuro. Agotadas las representaciones del *Gonfalonero*, no era cosa de dar al otro día una obra nueva; por lo menos había que conceder un repaso al antiguo repertorio, entre tanto se ensayaba *La Gala de Medina* que Salinas estaba ya instrumentando á toda prisa; aparte de que no es como el soplar y hacer botellas el montar una zarzuela con su sastretería, decorado, etc., todo nuevo y á todo gasto. Durmióse Marcelo aquella su pri-

mera noche madrileña, soñando ya con locos triunfos que le afianzaran un pronto y brillante porvenir, y al siguiente día instalóse en una modesta casa de huéspedes de la calle de la Paz, donde, por recomendaciones de su compañero, cediósele un gabinete, ni muy grande ni muy suntuosamente alhajado tampoco.

No permitía más, por entonces, la escasez de sus recursos, y allí se resignó á vivir, en compañía de un antiguo empleado de Hacienda—el indispensable vejestorio de todas las casas de huéspedes—, de dos muchachos aragoneses, alumnos de la Escuela de Pintura y de dos hermanos extremeños que asistían á las aulas de San Carlos.

Allí fué Cubillo á buscarle después del almuerzo, y juntos encamináronse al *Suizo*, donde á diario se congregaba una animada pandilla de autores consagrados y de periodistas que aspiraban á serlo. Presentóse Gabriel á sus contertulios como uno de sus mejores amigos, haciendo grandes elogios de su poética inspiración, asegurando que era un mozo que en el meollo se traía grandes cosas, y prometiendo que antes de mucho tiempo se lo disputarían empresarios y cómicos, aquéllos en demanda de obras nuevas, éstos en súplica de papeles bonitos y de lucimiento...

No quedó muy satisfecho Marcelo de aquella *peña*. Imaginábase él que, entre gentes de letras, de literatura debía de hablarse casi exclusivamente, y que serían

sus hablanzas modelos de buen decir, derroche de ingenio sutil y depurado, chisporrotear de frases bellas, algo así como una academia del buen gusto y de exquisita poesía, y encontróse con cosa muy distinta, y sobre todo—y esto le disgustó más—con una chusma donde, el que no era un cínico embolismador, érase un pedantuelo é inédito poetambre; y unos y otros, entre comentarios y burlerías desollaban sin piedad y sin recato obras y nombres que él tenía en grandísimo respeto y en muy alta estimación, juzgando á unos y otros á cubierto de diatribas y venablos de comentaristas enfurruñados y de buídos poetastros. Imposible era que las tertulias literarias fueran como aquélla y no fuesen más que aquéllos.

Juntos salieron los dos coautores de *La Gala de Medina*, y paseando juntos sorprendióles la hora del yantar diario; fué Cubillo á buscar á su amigote cuando éste estaba ya en los postres, y á Price se largaron. No pareció á Alvarado *El Gonfalonero* obra definitiva, pero ni aun digna de las cincuenta representaciones. Alabóla, sin embargo, encareciendo lo que de bueno había en ella, y después del chocolate de la salida fuése en busca del camastro posaderil, más cerca ya del amanecer que de la prima noche.

Nada de extraordinario acontecióle á nuestro forastero en los primeros días de su existencia cortesana. Dedicábase durante la noche á frecuentar los teatros, y las

horas del día consagrábala á su traducción de las obras completas de Dickens, labor que se había agenciado antes ya de salir de Muraleda, á fin de poder, con los veinte duros que el editor le daba por cada tomo, ir trampeando en espera de mejores tiempos y de más próspera fortuna.

Un día se acordó de que la de Guntín vivía en Madrid también. En Octubre abandonara á Muraleda para ya no volver hasta después de San Isidro, como hacer solía todos los años. En un lindo y coquetón hotelito de la calle de Alcalá, de impoluto y estucado frontispicio y techumbre pizarreña, vivía la preciosa marquesita, ó, con más propiedad hablando, tenía su oficial residencia, ya que la mayor parte de su vida consagrábala á salones, paseos y teatros. Verdad era que la compañía del senecto marqués, senador por derecho propio y tres veces grande de España, no debía ni podía ser incentivo grande para una vida regular y casera.

No era menor de cuarenta años la diferencia de edades entre ambos cónyuges; y como si esto no bastara, era aún mayor que la diferencia de los años la de sus figuras, caracteres y aficiones. De gustos vulgares y burgueses el magrujo y cenceño aristócrata, contrastaban aquéllos notablemente con los refinados, exquisitos y coquetones de la pompeante y muñequil marquesa. Cuando se casó don Ramón de Vilamelle con la menuda Albina Osorio, que no soñará jamás con pergaminos ni coronas, cre-

yó forzoso contrarrestar la influencia de sus muchos años en fuerza de atenciones á aquella criatura de colombina gentileza y esplendente beldad. Hubo de acceder entonces á muchos y nada flojos caprichos de aquella pulcela adorable y adorada, derrochando una minúscula parte de sus millones en alhajar de arriba abajo aquel hotelito de la calle de Alcalá, donde juntos anidaran la calandria cantarina y alegre y el mochuelo zoquetudo de turno mirar y requiebros sibilantes. Y fué entonces cuando el jardín apareció cuidado, limpio y bien guardado de los más bellos macizos de flores; y entonces fué cuando la amplia *serre* se vió abundante en las plantas más exóticas y en los más fastuosos arbustos; y fué entonces cuando un verdadero ejército de estuquistas, tapiceros y pintores convertían con sus cantos y su algazara en cuartel aquella mansión señorial, en cuya fachada campeaba, abierto en piedra, el blasón de los Guntines. Luego vinieron la elección de muebles, costosos y ricos, de la más femenil coquetería; la de las sedas, tapices y alfombras, joyantes y regias, la de asuntos para los techos y sobredinteles y las de esos mil y uno *bibelots* y cachivaches superfluos, que son recreo y caricia de los ojos y delatan, á las primeras de cambio, la vecindad de una mujer joven y hermosa, de una mujer en plena eflorescencia de la vida, de una mujer toda jocundidad y esplendor.

Las primeras recepciones de la nueva marquesita no fueron, ciertamente, ni de lo-

más concurrido, ni de lo más selecto tampoco. La aristocracia de pura sangre azul no podía perdonar que Albina, aunque de familia digna y honrada, se permitiera mirarias de igual á igual, negándose á reconocer el triunfo de la hermosura arrobadora sobre los monotes pergaminos y los pingorotudos blasones. No tardó, sin embargo, en romper el hielo; hablábase de su fastuosidad, de sus tocados maravillosos y extraños, de sus comidas sardanapalescas, de sus veladas, en las cuales formábanle corte de honor la espuma de los poetas y los artistas... Las crónicas de salones de los periódicos más populares y de los más aristocráticos, consagraban largas tiradas de florida prosa á sus *jueves*, con larga retahíla de nombres rimbombantes y de tocados deslumbradores; primero fueron pocos los nombres femeninos, aunque el revistero procurase encubrir la escasez con el consabido *y muchas otras nobles y distinguidas damas cuyos nombres sentimos no poder recordar*. Poco á poco, aquellas listas fueron aumentándose, agrandándose, con un nombre hoy, con otro mañana. En resolución, cuando Marcelo Alvarado fué á Madrid para abrirse plaza, ya Albina Osorio había dejado de ser la *parvenne*, la advenediza, la intrusa, para no ser sino la marquesita de Guntin, aceptada por las damas ilustres, apetecida por los bellidos petimetres, ensalzada por los artistas y dueña de una posición que la permitía engallarse con las más altas, y de una libertad relativa, por la

que daba gracias á las sesiones senatoriales, al Consejo de Estado y á la triple grandeza del Excmo. Sr. D. Ramón de Vilamelle, que antojábasele á ella menos grande cuanto mayor fuera el cúmulo de grandezas que sobre su frente huesuda y su cabeza calva arrojasen, en competencia y á porfía, la realeza y los gobiernos.

IV

Cuando Marcelo Alvarado fué introducido á la presencia de la marquesa, encontrábase ésta á solas en su gabinete coquetón y perfumado, arca santa de sus preferencias y de sus ensueños. Allí el piano de Erard, sobre el cual caía á guisa de cobertera y al desgaire lanzado, amplio mantón de Manila de largos flecos y caprichosos y brillantes haces de flores y de chinos; allí el esbelto *etagere* de laca, donde lucían sus dorados cortes y sus lindas cubiertas unos cuantos libros escogidos; allí el muelle canapé de caprichoso estilo, y sobre él abiertas las *Stances* de Juan Moreas; allí el veladorcillo cubierto por aterciopelado tapete con orla de madroños; allí el *secréter* de preciosa madera índica con incrustaciones de afiligranados bronces; sobre él un bronceo joyero sostenido por alados grifos y con esmaltes de intrincados arabescos; sobre el albo mármol de la chimenea el magnífico reloj de Boule, adquirido á peso de

oro; allí, por todas partes, óleos y barros de las primeras firmas, todo alegre, todo brillante, todo perfumado, todo exquisito; y como una joya más de aquel soberbio estuche, la más exquisita, la más perfumada, la más brillante y la más alegre, Albina Osorio, que apoyando sobre los coruscantes morillos sus pies enanos, desmurriaba la tristeza de aquella tarde de Enero, y que se limitó á tender al recién llegado su fina mano hasta el codo enguantada.

—Bien venido por estos mundos, amigo Marcelo... ¿Cómo usted en Madrid?...

—Señora, no son de hoy mis deseos vehementísimos de respirar este ambiente, donde literatos y artistas parecen vivir como el pez en el agua.

—Sí... ya, ya sé que codiciaba usted este viaje; pero era entonces una aspiración vaga, un proyecto mal definido...

Y por estos carriles continuó la charla insustancial, como en casi todos los primeros momentos de casi todas las visitas.

—A propósito—exclamó la marquesa, cambiando de repente el giro de la conversación—. No sabe usted cuánto celebro su llegada, porque viene usted en estos instantes como llovido del cielo. (*Sorpresa de Alvarado.*) Acaban de traerme las pruebas primeras de *mi* libro... ¡ya sabe usted! *El vivir de los Guntines*... Me he decidido á publicarlo, ante la porfiada insistencia de unos cuantos amigos, que sólo en parte lo conocen.

—Bien hecho. Y ya sabe usted cuánto ce-

lebro sus triunfos, que seguramente serán completos cuando el libro vea la luz.

—Allá veremos. Santurce, el de *La Época*, que me ha oído leer algunos de sus capítulos, jura y perjura que desde Bécquer acá no se ha hecho nada igual en el género.

—Pues si Santurce lo dice...

—Pero me encuentro con que no sé... no sé cómo se arreglan estas cosas. Ya ve usted—añadió señalando á las pruebas que sobre el velador estaban—; eso, para mí ¡chino puro!

—¡Pero si las imprentas tienen generalmente bien probados correctores!

—No... ¡verá usted! ¡Si la culpa fué mía! ¡mía nada más! Preguntáronme si deseaba que me trajeran las pruebas á casa; yo creí que era esto otra cosa. Contesté que sí, maquinalemente, y héteme aquí ahora sin saber qué hacer con estas longanizas de papel impreso.

—¡Pues la labor no puede ser más sencilla!

—Para usted, de seguro. Por eso celebro que haya usted llegado tan á tiempo; así me ayudará en la faena.

—Con mil amores y en alta honra tengo el servir de corrector de pruebas á tan gentil escritora como usted.

—Pues, ea, manos á la obra. Siéntese usted ahí.

Y le presentó una silla de joyante asiento y dorado y casi aéreo respaldar, por cuya integridad temió el inédito y forano drama-

7



turgo, receloso de resquebrajarla con el peso de su cuerpo.

Ante el velador sentado, las pruebas delante, á la diestra la argéntea escribanía y á la izquierda el secante flexible. Marcelo se dispuso á dar comienzo á su labor.

—No olvide usted que deseo una corrección escrupulosa. Una *erre* vuelta ó una *e* machacada me crisan los nervios... ¡Ah! Y si al leer, encuentra usted alguna palabra que pueda ser sustituida por otra con ventaja, tache usted sin miedo ¡*Como si fuera obra suya!*

¡Como si fuera obra suya!... Quedóse la Alvarado mirando dos segundos. Sonreía, sonreía con divina sonrisa de satisfacción la minúscula dama; no había en ella el más leve asomo de burla ni de malicia. El provinciano sonrió á su vez y se inclinó sobre el papel.

En hermosos tipos del más puro elzeviriano leíase el título del libro; en más menudas letras, redondas, limpias, correctísimas, el nombre de la autora: *por la marquesa de Guntin*; y más abajo, campeando en el centro de la página, el señorial escudo, cuartelado en cruz, con escusón y coronado por la celada de seis rejillas, con burlete y lambrequines que parecían cobijar y proteger á los roeles, leones rampantes, calderas, losanjes y demás arrequives del blasón marquesil.

En vano intentaba Alvarado fijar toda su atención como quisiera en las agarbanzas hojas del papel. Sentía demasiado cer-

ca la graciosa figurilla de Albina Osorio para que ésta no atrajese la mayor parte de las miradas del mancebo. No era la primera vez que la veía; pero así tan á solas, tan á su lado, tan en la intimidad del bien oliente gabinetito, no la encontrara jamás. Y era lo notable que ahora, cuanto más la miraba, más nueva, más otra, más desconocida le parecía. ¿Era el mareo, más rico aquí que allá? ¿Era el ambiente? No podría decirlo aunque para ello lo pusieran en la picota,

Iba y venía la gracil marquesa, y unas veces quedábasele de frente contemplando su labor, otras, para no distraer á Marcelo, avizoraba á espaldas suyas, inclinándose tanto que aquél se sentía envuelto por su embriagador perfume y casi casi aspiraba los cálidos efluvios de su boca... Conturbábase el mozo; las horizontales ringleras de la impresión tipográfica comenzaron á danzar bajo sus miradas; parecía que las palabras se desquiciaban, que saltaban las letras de su sitio y como diablejos maliciosos hacíanle guiños y carantoñas y muecas expresivas, y aunque le hablaban en un lenguaje indescifrable, en el que el nombre de Albina era lo único comprensible para él. Y seguía leyendo con un bisbiseo apagado, semejante á un rezo...

Pero aun con los ojos fijos en las galeras de la imprenta, seguía mentalmente viendo y acariciando la espléndida hermosura de la dama. Hubo un momento en que el corrector improvisado la sintió á sus espaldas, tan cerca, tan cerca que la pujante cur-

va de sus senos rozó las orejas arreboladas. Volvió atrás la cabeza y sus miradas le encontraron.

—¿Qué le sucede á usted?...

—No... nada... ¡Es que, efectivamente, va usted á recibir muchas enhorabuenas!

—¿Lo cree usted así?...

—¡Vaya!...

Y las miradas de los ojos zarcos, amorosos y dulces de Albina posáronse en los de Alvarado como agradeciendo aquella galantería; pero tan sumisas, tan cariciosas, que éste bajó la frente para no verlas. Y así y todo seguía viéndolas... Y veía á la de Osorio, toda entera... Menuda como era, sólo inclinándose hacia ella podía Marcelo besarla en la boca; su cabello era abundante, blondo y suave; en su carita de nardos y rosas brillaba el azul de sus ojos, húmedos como su boca apiñonada, roja y sonriente siempre; del centro de las pestañas sedeñas arrancaba su naricilla de ventanas temblonamente nerviosas y suavemente rosadas. Al moverse á uno y otro lado su cuello de cisne, redondo y escultural, hacía temblar sus senos poderosos, prietos y de curva tan irreprochable como las de sus hombros y de sus caderas y de su cuerpo todo, ánfora maravillosa que invitaba en ella á beber, hasta embriagarse, el néctar de la vida...

Marcelo terminó por aquel día su humilde labor de corrector de pruebas y prometió volver en los sucesivos. Así como así, encontraba, según él decía, un extraño en-

canto en ir leyendo en la letra impresa, aquellas páginas que evocaban en él los recuerdos de la brumosa y lejana Muraleda.

—¿Hasta mañana, pues?

—Hasta mañana—contestó el mozo.

—Mire usted que le espero.

—Y yo le juro á usted que no me haré esperar.

Al estrechar la enguantada mano que Albina abandonó entre las suyas, tentado estuvo de besarla, de oprimir entre ellas aquel brazo gordezuelo y aromoso que brillaba con los sedosos reflejos del guante que lo aprisionaba hasta más arriba del codo...

Se contuvo, sin embargo...

V

Aquella noche parecióle á Alvarado más que nunca ñoño y aburrido *El Gonfalonero*. ¿Por qué? Lo ignoraba; pero aquella castellana (la tiple dramática) madureja ya, pintarrajeada; rígida, hierática, antojábasele un insoportable maniquí sin alma y sin vida. El barón, su esposo (el bajo), engolado y grave siempre, pasábase la noche mugiendo con su vocejón de sochantre, única señal de su clarividencia, ya que no advertía lo que todos los espectadores veían claro desde la primera escena: que el gonfalonero de sus mesnadas (el tenor) había de arrebatarle, á la postre, el amor de la có-

mica engaripolada... ¡Y qué gonfalonero, qué doncel para una dama el tal tenor! Decía unas cosas, á la vez tan alambicadas y tan vacuas, tan trasañejas y manidas, que era imposible que ellas llegasen á un corazón femenino, no ya tan defendido por brocados y recamos, cómo el de la tiple, pero ni aun tan levemente aprisionado como el de Albina Osorio aquella tarde por el más ligero y suelto *deshabillé*...

No... todo aquello era mentira, amaneramiento, convencionalismo. Así no se enamora, con pensamientos rebuscados y lirismas delicuescentes. Falso, y cien veces falso. No hay mujer, y mucho menos si es casada, capaz de rendirse á tan estúpidas cursilerías. Y que no se le arguyera con decir que la acción de *El Gonfalonero* se desarrollaba en plena Edad Media; el amor y las mujeres debieron ser lo mismo siempre, siempre iguales desde los tiempos de Eva hasta los de las princesas raptadoras de violinistas bohémios y pintores melencólicos... Aquello no podía ser y sólo debía ser aceptado por las anchas tragaderas de un público á quien le parece muy bien que el tenor muera cantando ó que el coro salga á escena procesionalmente y á todas y á todos los que lo forman se les ocurra decir las mismas palabras precisamente y con la misma canturía una noche y otra noche...

—Me aburro—dijole á Cubillo antes de comenzar el tercer acto.

—Lo comprendo. Estas *cosas*, á la media docena de representaciones se las sabe uno

de corrido y se sostienen sólo por la renovación constante del público en los teatros madrileños.

No... no era eso; ¿qué había de serlo? Tentado estuvo de decirle á Gabriel por qué aquel don Garcés era un zambombo tagarote, por qué aquella doña Violante era una caricatura y por qué aquel Roberto un pobre diablo... Contúvose, sin embargo, y más temprano que de costumbre fuese á continuar el desarrollo de sus pensamientos en la soledad de su gabinete y á la larga tumbado sobre el fementido camastro posaderil.

Y siguiendo el curso de aquellas ideas, vino á ocurrírsele cómo haría él si en el pellejo del gonfalonero se encontrase y hubiese de requerir de amores á una alta dama. Y planteaba los términos del problema: "Supongamos que el Roberto... soy yo; que aquella insulsa y espetada doña Violante es Albina..., que no tiene nada de espetada ni de insulsa; que don Garcés no es otro que el avellanado marqués de Guntín.... Vamos á ver, Marcelo, ¿qué harías tú y cómo te las compondrías para?..

Sonrió nerviosamente... Mordióse el breve mostachejo, y con la imaginación, en la soledad y frescura de la estancia, vestía á don Garcés la negra y holgada levita inglesa, á doña Violante el escotado *interior* de la de Osorio, con sus flojedades donde importaba la vaporosidad, con sus ceñimientos donde convenía la tiránica y dulce presión que hace destacar la pureza de las

líneas... Y el desvelado forastero reía, reía...

¿Qué era aquello? ¿Por qué semejante mujer, que en Muraleda contemplara indiferente una y cien veces, en Madrid le conturbaba y le perseguía su recuerdo? ¿Por qué en Muraleda, era para todos Albina Osorio la mujer única por su belleza y por sus blasones, para todos menos él, y en Madrid, en cambio en Madrid, alcázar de la nobleza y emporio de la hermosura, en Madrid, donde la de Guntín no era la única para nadie, éralo para él en cambio? ¿Era ella realmente la causa de aquel efecto ó llevaba Alvarado la causa en sí mismo? ¿Parecíale más bella allí donde definitivamente se asentaba su trono que en Muraleda, donde era nada más ave de paso? ¿Era, por dicha, que al encontrarse en Madrid, campo de las más grandes aventuras y centro de los más grandes aventureros, nacían en él una resolución, unos arrestos que le faltaban en la monástica quietud de Muraleda y bajo su cielo, siempre brumoso y gris? ¿Era acaso que en la corte la amojada figura del marqués se desdibujaba, se desvanecía á los propios ojos de Marcelo hasta hacérselo olvidar por completo y hasta no ver sino la imagen esplendorosamente buida de la marquesa?...

A ella sí que la veía clara, distinta, emergente entre todas y sobre todas las cosas, nimbada por su rubia cabellera semejante á un regio y aurífico casco de guerra; con la encantadora frescura de sus carnes, bajo las cuales parecía como sentir-

se correr la sangre y palpitar la vida; con su alegre risa, que sonaba como sonar debe una cascada de perlas en tazón de oro; con sus amorosos hoyuelos en las comisuras de los encendidos y frescos labios; con sus curvas ondulantes é inquietas como las ligeras llamas; con sus brazos redondos y sus hombros carnosos y tersos como los de las madonas de Rubens... Y todo ello alegrado por una gracia juvenil tan grande, por una tan traviesa coquetería, por un desdén tal de las gazmoñerías cortesanas, que, ante la calenturienta imaginación de Alvarado, fundíanse en ella por maravilloso modo los idealismos de las rubias princesas de las leyendas antiguas con el travesear inconsciente y aturdido de las grisetas parisienses.

Y viéndola y mirándola y gozándose en su visión encantadora y amable, empezaban ya las primeras luces de la aurora á filtrar sus reflejos azulinos á través de los cristales empañados por la escarcha, cuando Marcelo Alvarado hubo de rendirse á la pesadumbre del sueño...

VI

La publicación de *El hijo de la parroquia*, primer tomo de las obras completas de Dickens, fué la que decidiera el definitivo traslado de Marcelo á Madrid. Vino tras de aquel libro *El almacén de antigüedades* que

vió la luz á los pocos días de llegar á la corte nuestro héroe, el cual utilizaba así, no sin ayuda del consabido diccionario, sus estudios en la Escuela comercial de Muraleda. Continuaba Alvarado visitando á la de Guntín y seguía corrigiéndole las pruebas de *El vivar*; para hacer más larga y duradera aquella labor, que le retenía al lado de Albina Osorio, había exigido de la imprenta que le enviaran segundas pruebas. Seis pliegos iban ya tirados de la aristocrática producción, cuando se le ocurrió al mozo llevar á la noble dama los dos tomos publicados de las Obras del novelista inglés... Ni siquiera firmaba Marcelo la traducción ¿para qué? Aquello no daba ni gloria ni dinero; no era otra cosa que el trabajo de un jornalero de la literatura, un pretexto para ir pasando el tiempo en espera de mejores días. De sus labios supo la marquesa que cada tomo de aquellas producciones, no le valía más de miserables veinte duros, y comprendió entonces cuántos cálculos y cuán grandes esfuerzos imaginativos habría de hacer su amigo para poder mejor ir bandeando. Y aun le admiraba que con tal parvedad de recursos pudiera vivir, aunque con estrecheces y angustias, cuando gastaba ella bastante más de aquella suma miserable en solo un día.

Ocurriósele, pensando en esto, una invención que puso en práctica tan pronto como á las mientes se le vino: avistarse con el editor de las obras traducidas por Marcelo.

Tenía aquél su tugurio, aunque en el centro de Madrid, en uno de esos recovecos que por su horridez y su miseria parecen hallarse á más de cien leguas del mundo civilizado y moderno. Prostíbulos, tabernas y cambalacherías ocupábanla casi por entero, y eran sus más habituales transeuntes cientos de engendros, contoneantes hembras de la germanía, vagabundos jaquetones, viejas parletanas, despeluznados y mocosos chicuelos, ganforros y ramerías, borrachos y pilluelos, la hez de la hampa, que desde lejos hedía á la pulguera infecta y al nauseabundo brodio... Lindo lugar á fe para que nadie en él fuera á buscar ni el más leve destello de ilustración y de cultura.

Detúvose el charolado carruaje ante la perdida librería cuyo escaparate, donde las telarañas y el polvo campaban por sus respetos, bien á las claras delataban la sordidez del dueño. Pretextó la marquesa la adquisición de unos libros y pudo por ello habérselas al fin con el librero en persona. Estaba éste ya en la plena caduquez; mal veía á través de las recias anteojeras que se destacaban como una mancha oscura en el céreo color de su rostro brillante y lacio; y peor hablaba con un farfullar que parecía un silbido escapado por entre la helgadez de su denegrida dentadura.

—¿Es usted el propietario del establecimiento? (Contestación afirmativa del interrogado que, llevándose la mano tremante á un gorro de color indefinido, deja al des-

cubierto la amarillenta calva.) Pues le felicito por su dichosa idea de publicar completas las obras de Dickens.

—¿Es usted lectora del novelista inglés?—rezongó el viejo.

—Soy una de sus apasionadas.

—En ese caso, habrá leído la señora...

—Sí; los dos tomos hasta ahora publicados.

—Ahora preparo el tercero: *Los tiempos difíciles*.

—¿Quién es el traductor?...

—¡Ah!... Un muchacho de provincias...

¡Cualquiera!... Ahora está en Madrid.

—Y esa clase de trabajos se pagará poco.

¿Verdad?...

—Muy poco... ¡Ya ve usted! El número de traductores es inmenso y aumenta cada día. ¡Clarol... Se discurre poco, se trabaja y se gana un jornalito... Y no podemos hacer más tampoco. Los traductores lo saben... La competencia es enorme entre nosotros y entre ellos mismos... ¡y traductores quisiéramos!

—¿Cuánto le cuesta á usted la versión de cada tomo? Conste que no quiero mezclarme en sus negocios ni que me tome usted por indiscreta... Es que me inspira el traductor una viva simpatía, sin duda por las preferencias que dedica á mi autor favorito. Traducir del inglés, traducir á Dickens y traducirlo bien no lo hacen todos. Del francés, del italiano, ya es otra cosa...

—Pues bien, dijo el editor ruborizándo-

se hasta las orejas. Voy á serle á usted franco. Cien pesetas es lo que me cuesta el manuscrito de cada tomo.

—¿Y cuánto tiempo se invierte en su traducción?...

—Según... El compromiso conmigo es darme un tomo cada mes.

—¿Y no podría usted dar dos?... ¿O no se venden las obras?...

—Sí, sí que se van vendiendo... Y podrían darse bien los dos tomos. El caso es que Alvarado los traduzca.

—¿Alvarado?

—Es el nombre del traductor, señora.

—¡Ah! Bueno. Pues yo le ruego á usted que procure apresurar esa publicación.

—Lo intentaré, al menos.

—Y he de rogarle, además, que bajo cualquier pretexto, por ejemplo, el de la aceptación de las obras, el mayor trabajo, cualquiera que á usted se le ocurra, tome usted dos tomos mensuales y abone usted el doble por cada uno á ese muchacho, ¡porque será un muchacho!...

—Pero, señora, fijese usted, por Dios, en que, aparte los mayores gastos que la publicación trae consigo, lo que usted solicita me obligaría á abonar á Alvarado cada mes, en lugar de las cien pesetas que ahora le doy... doscientas... ¡cuatrocientas! Y eso no es posible...

—No. Si usted no le dará más que las doscientas de los dos tomos, como ahora; las otras doscientas corren á mi cargo...

—Pero...

—¿Va usted á negarme un favor que nada le cuesta?...

—¡Oh, no; no, señora! Pero, ¿cómo le digo yo á Alvarado?...

—Dígale usted lo que quiera, con tal que todo ello aparezca como una espontaneidad suya. Quiero asegurar al traductor de mi novelista favorito una existencia decorosa, siquiera entre tanto se consagra á ese trabajo. Es un antojo que espero me dejará usted satisfacer.

—Es un deseo nobilísimo que la honra sobremanera. Recibirá Alvarado doscientas pesetas por tomo con el encargo de traducirme dos cada mes.

—¿Convenido?

—Convenido.

Y la marquesita de Guntín sacó de su blasonada limosnera cuatro billetes de á cien pesetas.

—Ahí tiene usted el sobreprecio de los cuatro tomos primeros. Confío en que llegarán á manos de ese chico.

—Fíe usted en mí. Mañana mismo le avisaré...

—Pero ni una palabra de nuestra conversación; que no sepa ni aun que estuvo aquí una señora hablando de estas cosas.

—Si no fuera indiscreción...

—¿Saber mi nombre? ¿Para qué?... Esté usted seguro de que antes que se publique el cuarto tomo me tiene usted aquí para renovar el compromiso.

Y después de varias otras palabras de menor sustancia, Albina Osorio abandonó

aquel mechinal, volviéndose al landó, cuya portezuela abierta sostenía el lacayo con la siniestra mano, mientras con la derecha se descubría la rapada testa.

Y cruzando la calle de la Montera con crepitar de cristales y rápido girar de ruedas y enfilando la de Alcalá, la marquesa, mecida blandamente por el vaivén del carruaje, murmuraba para sus adentros, satisfecha de sí misma:

—Con un más decoroso pergeño, á Marcelo se le abrirán las puertas todas; pero así, hecho un perdulario... ¿cómo le presento yo?... ¿Como un criado?...

VII

La tarde era lluviosa y triste. Sentíase allá afuera el furioso golpeteo del agua en los cristales acompañado del bruar del ventarrón invernal. En el interior del aristocrático gabinete, el alegre fuego que ardía en la chimenea hacía dulce y grata la permanencia entre aquellos pesados portieres de esponjosas telas persas, sobre aquella alfombra suave y blanda, y en contacto con aquellos muebles y aquellas sedas que producían la sensación de imaginadas y amorosas caricias...

Como el primer día que Marcelo penetrara en aquella estancia, la marquesa calentaba sus pies al fuego. Felinamente acurrucada en muelle butaca, jugueteaban sus inquietos.

dedos con la alba y fina pluma de un boa vaporoso y sedoso; el escote de su bata veía pálido con golpes de argentería de ver su garganta de alabastro y el comienzo de la ondulación de sus senos divinos; para más alejar sus ropas de la llama, apartó á un lado, sobre la piel atigrada, la amplia cola, por debajo de la cual asoman, compitiendo en blancura con los ampos de la nieve, los encajes casi aéreos de su falda, el soberbio arranque de sus piernas esculturales aprisionadas en negras medias de seda con veneras bordadas en torzal glauco, á través de las cuales se transparenta la carne alabastrina, y los pies encerrados en chapines dignos de una sultana oriental ó de una princesita china, y que, pendientes de los dedos, dejaban lucir en toda su bella redondez el talón casi infantil.

Marcelo era muy otro del de un principio. Revelábase en su indumentaria el raro desprendimiento de su editor. Pulcro, atildado, correcto, irreprochablemente trajeado, destacábase su varonil apostura con mayor garbo y más digno aspecto. No había perdido su porte en simpatía y ganara mucho, en cambio, en expresión. Su rostro melado tenía más suaves tonos y eran gracioso adorno de él sus ojos negros de mirada ensoñadora y su bigotejo que á engallarse comenzaba. No era ya el modrego pollancon de los primeros días, pues al par que en buena planta había conquistado gran terreno en desembarazo y ademanes señoriles.

La faena tocaba á su fin; corregía el plie-

go último de *El vivar*. Súbito, enderezó la cabeza y quedóse mirando á Albina, cuyo flancó bizarrísimo, digno de ser inmortalizado por el cincel de Fidias, ofreciase á sus ojos opulento sin desgarbo, tentador sin impudicia.

—¿Ha visto usted, marquesa, qué barbarote era este señor don Odoario?...

— ¡Ahl... ¡El de la leyenda!

—Pase que diera desastrosa muerte al amante de la buena doña Sol; pase que despedazase el cuerpo del paje infeliz, que más bello que el suyo sería seguramente cuando lo prefirió la esposa desleal y perjura, como él la llama. Pero eso de separar del tronco la cabeza del enamorado y condenar á la esposa á que dos veces cada día y durante su vida toda, había de tomarla de la bandeja de plata en que le era ofrecida y tenerla entre sus manos siquiera fuesen no más breves instantes y besar aquellos labios rígidos, yertos, exangües, duros, inanimados y fríos por la muerte, eso... con venga usted, es que es el de salvajada el único nombre que merece.

—Sí que debió ser un bárbaro ese don Odoario... ¡Pobre doña Sol!

—Lo cual no impediría que antes y después de la falta, aquel caballero tan celoso guardador de la honra... propia, se refocilase con las villanas de sus estados, á salto de mata, sin escrúpulos ni miramientos, dejando acaso olvidada á la hermosa dama (porque sería hermosa) por ir á forzar serranas mal olientes y zafias al pie de algún casta-

ño ó en el recuesto de un camino... porque ese era el pan de cada día, para ellos.

—¡Aún hoy... aún hoy!... objetó la damita alzándose de su asiento, sensual y lánguida.

—¡Ah!—expuso Marcelo imitándola. Pero hoy tienen tribunales de justicia que los contenga y les impidan semejantes horrores. Hoy, además, cambió el procedimiento, y los ve usted que por una *cocotte* se arruinan, mientras sus esposas se consumen de tedio en la soledad de sus habitaciones...

Albina rió con argentina risa que dejó al descubierto sus marfilinos y menudos dientes y añadió con acento impregnado de malicia:

—No... Marcelo, no todas, que aún quedan doñas Soles en el mundo, verdaderas vengadoras del abandono y del desvío marital. Y no andan en leyendas ni en romances, que también en esto cambió el procedimiento. Ahora los romanceadores de esas doñas Soles se llaman Felipe Trigo ó algo así...

—¡Ah! ¿Pero esas creaciones del novelista pueden ser de carne y hueso?

¿Qué chispazo de voluptuosidad vió brillar Alvarado en los ojos luminosos de Albina? ¿Qué estremecimiento circuló por todo su sér al mirar la coquetería con que la dama recogía la amplia cola plegándola de modo que el contorno de su flanco poderoso quedase mejor dibujado? ¿Qué cadencia advirtió en sus palabras que le parecían un invitatorio?

Tan cerca estaban el uno del otro, que

Marcelo veía claro y distinto el temblor del cuello desnudo y mórbido de la marquesa, el arranque del seno armonioso prometedor de venturas inefables, el chispear de las fibrilas de sus ojos... Enloquecido, pasó su brazo alrededor del talle ondulante y flexible; hizo ella un gallardo movimiento, acaso para esquivar el ataque, tal vez para ofrecer un escorzo más tentador de su busto, y poniéndole la mano á Marcelo sobre la boca díjole sin enojo, más bien con insinuante picardía:

—¡Que le va á costar á usted la cabeza, como en la leyenda!

—¡Qué me importa, si la he perdido ya!

Y besaba una y cien veces aquella mano adorable, y con sus labios anhelosos y encendidos buscaba los de la Guntín, mientras ésta agitaba á ambos lados la cabeza ó dejábala caer hacia atrás buscando el amparo del muelle y amplio diván, apelotonándose en él y esquivando y ofreciendo á la vez aquel cuerpo de pagana hermosura, aquel cuerpo digno rival del de la Venus Calípeda de Praxiteles, que Marcelo desnudaba con los ojos encendidos y las manos temblorosas. Y en aquella amorosa porfía, sus labios recorrieron venturosos y triunfales los hermosos ojos de Albina, su nuca sedeña, sus orejas marfilinas, sus labios... ¡Al fin!

... Una hora más tarde, entre las rodillas del hombre, de pie ella, sen:ado él, Albina Osorio hundía con gentil descaro sus dedos en la rizosa cabellera del poeta obscu-

recido, al mismo tiempo que éste abarcaba con sus manos, aún temblonas por la emoción, aquel conjunto sublime de fascinadoras y hechiceras carnes formadas para el amor, y apoyaba con deleite su cabeza en los blancos tesoros, tibios y brillantes que se estremecían al través de la garganta de encajes de la bata verde pálido.

—¿Me perdonas?—preguntaba el mozo ebrio de dicha.—¿Me perdonas?

—Nunca, si todo fué un antojo momentáneo nada más.

—Por Dios, Albina... ¿Cómo eres capaz de sospecharlo siquiera? Desde que te ví te amé, ya allá en nuestra vieja y triste Muraleda; pero tú no eras para mí, no podías serlo...

—Pues ya ves como ha podido.

—Pero ahora que te he poseído, ahora que colmaste mis anhelos, ahora que me has hecho gustar las delicias más inefables que en la tierra pueden gustarse, ahora me es imposible, no ya el dejar de amarte, pero ni aun pensar que tú puedas dejar de quererme.

—¿Y quién piensa en eso, tonto, tontísimo, quién... dí, quién? Cuando ves que pongo regocijada á los pies de nuestro amor rango, orgullo, preocupaciones, títulos y nobleza; ¿preguntas si he de dejar de quererte?—dijo, terminando con un beso la pregunta.

—No me hables de tu nobleza ni de tus blasones—arguyó él—. Tu nobleza más grande, tus títulos más gloriosos, son los

de la mujer fuerte, animosa, enamorada, que todo lo sacrifica á un amor, á la franca alegría de la juventud, á este afán de vivir la vida del amor, esta vida intensa, esta vida sana y feliz para la que fuimos creados... ¿Cómo han de interponerse arrugados y mugrientos pergaminos entre nuestros labios cuando los míos ansiosos buscan los tuyos húmedos y tentadores? ¿Cómo han de interponerse entre nuestros corazones cuando ellos quieren palpitar unidos sintiendo el uno los latidos del otro?...

—¡Ay... me parece que tiemblo por tu cabecita, pobre Marcelo mío!—repuso la marquesa con un mohín lascivo y una mirada enloquecedora—¡Si don Odoario viera!...

—¿Besarías tú mi cabeza, como doña Sol la del paje enamorado?...

—Oye—preguntó Albina de repente—, ¿has leído *Las diabólicas* de Aurevilly?

—No recuerdo...

—Pues mira, hay allí otra noble española, una duquesa de Sierra Leona, cuyo marido (otro bárbaro, por supuesto), después de estrangular al amante en su presencia y hacer arrancarle el corazón, caliente aún y ensangrentado, lo arroja, ante los ojos mismos de la esposa, á la feroz jauría de sus perros salvajes que lo devoran con avidez infernal... ¿Y sabes tú cómo ella se vengó de tal infamia? Pues huyendo, huyendo á la más viciosa y pecadora de todas las ciudades del mundo, y arrastrando el nombre de su esposo por todos los prostíbulos,

burdeles, meretricios y ramerías más abyectas y más indignas; buscando, con su propia deshonra y la de su marido, el virus infamante, la ponzoña maldecida, la peste repugnante y asquerosa que la lleva á morir al lecho de un hospital, por la sola satisfacción de que, á su muerte, grabasen en la piedra de su sepultura, como dejó encargado: "Aquí yace la duquesa de Sierra Leona, prostituta, muerta en el hospital... de tal ... y en tal día de cual mes y de cual año..."

—¿Y eso harías tú?

—Entre doña Sol y la duquesa de Sierra Leona, ¿qué preferías tú que fuese yo?...

—Lo que eres y nada más que lo que eres. Mi Albina, mi amor, mi alegría...

Sentóse ella con impudor soberano en las rodillas de Marcelo, que se estremecieron á la dulce presión de aquellas carnes magníficas y adorables, y aplicando sus labios á su oído le dijo con una voz que era á la vez murmullo y caricia:

—Pues eso... eso... y eso...

VIII

Por aquella vez renunció Marcelo á la cotidiana comida posaderil, al cocido insulento y á la sórdida pebrada. Merced á la para él incomprensible y estupenda generosidad del editor, guardaba aún en el bolsillo un par de Quevedos, vulgo billetes de

á cincuenta, y á ellos apeló para proporcionarse un más apetecible y variado *menú* en un *restaurant* de la calle del Príncipe. Llevaba aún en todo su ser la visión esplendorosa de aquella damita aristocrática y bella que en sus brazos acababa de languidecer de amorosa pasión; sentía sus sentidos aún embriagados por el picante y voluptuoso perfume de aquellas carnes satinadas y blancas, y antojábasele profanación indigna el disipar aquellos olores bien amados al contacto de los poco señoriles de la casa de huéspedes, como estimaba hereja imperdonable que fueran la lustrosa calva del magrujo oficial de Hacienda ó las caras zoquetudas de los escolares extremeños las que reemplazaran ante sus ojos, repentinamente, la faz encantadora y la cupídica figura de la adorable marquesita de Guntín.

Por un momento pensó en Fornos; pero desechó en seguida tal idea. Aquel bullicio, aquel *maremagnum*, aquel ir y volver, entrar y salir de gentes, aquellas conversaciones flotando como un incesante moscardoneo por todo y sobre todo, no eran lo más oportunos para el estado de su ánimo, embargado por las dichas del ensueño. Necesitaba algo de recogimiento, algo que mejor cuadrara con aquella ataraxia profunda que de él se apoderaba; un lugar donde pudiera concentrarse en sí mismo, abstraerse en sus íntimos pensamientos, en su obsesión querida; un sitio en donde el acto material de la alimentación pareciese como un alto nada más en el nuevo camino de su

vida; un huelgo, un descanso, una transición entre el *boudoir* digno de una reina y el estudiantil gabinete de la calle de la Paz. Y eso fué lo que halló en aquel *restaurant*, donde, ante una pequeña y cuadrada mesita cubierta por mantel limpiísimo, iban apareciendo los platos sazonados y bien olientes, que eran á la vez reparo de su estómago y regalo de su paladar poco hecho á tales culinarias filigranas.

Divagando ensoñador, entre plato y plato, ocurriósele que, pues ahora veía cuadruplicado su presupuesto mensual de ingresos, bien podía permitirse el lujo de cambiar por otro más decoroso albergue el suyo de la calle de la Paz. Precisamente había él leído, en libros y novelas, aquello de las visitas clandestinas de las casadas pecadoras á las *garconnières* de sus amantes, bien caído el sombrajoso y espeso velo sobre el rostro, sobresaltado el corazón é intercadente el andar. ¿Por qué no había él de tener un cuartito así? Más ejos ó más cerca, más lujoso ó más modesto... ¡pues apenas si había en Madrid alquiladores de muebles que en menos que canta un gallo convertían una habitación desmantelada en confortable y hasta coquetonzuelo cuarto de soltero! Sobre que podría alquilar un cuarto ya amueblado... Pero no; mejor era *lo otro*. Destinaría cien pesetas para habitación y mobiliario; ciento cincuenta á una más nutritiva y decente alimentación, y aún le restaba un duro diario para todos los otros menesteres... es decir, más todavía

de lo que antes contaba *para todo*. Esto por el momento, pues en cuanto *La Gala de Medina* comenzase á dar dinero...

Por cierto que no sabía nada de su obra. Cierta también que apenas si veía de tarde en tarde á Cubillo. Entre las tardes de la marquesa y el exceso de trabajo que para él representaba la traducción de los dos tomos de Dickens, tenía razón su colaborador, apenas si se le echaba la vista encima. Gabriel, como todas las gentes que andan metidas entre bastidores, acostábase tarde. Cuando iba á buscar á Marcelo, ya éste había salido, calle de Alcalá arriba; de noche ocupábase cada uno en aquello que más le importaba. Alguna vez se encontraban en la calle.

—Llevo prisa—contestaba Alvarado, á quien acuciaba el deseo de encontrarse pronto en el hotel de la marquesa. ¿Cómo anda *eso*?...

—Por tí, abandonado. Da gracias á que yo me cuido de todo. Mañana ensayan la letra del primer acto.

—Mejor, mejor... ¿Y á qué hora?

—A las cuatro; date una vuelta por allí, hombre.

—Ya... ya veremos... pero tú la cuidarás como cosa propia.

—¡Naturalmentel

—Pues basta... Así te lo deberé todo.

Y se separaban. Y pasábanse los días, y ya *La Gala de Medina* comenzaba á ser anunciada en la prensa como obra "original de aplaudidos autores"... Marcelo son-

rió al leerlo. Aquello de *aplaudidos*, bien estaba por Cubillo y por Salinas; que en lo que á él se refería ¡como no evocase los aplausos alcanzados en Muraleda, en aquella Muraleda y en aquellos días que tan lejanos le parecían ya!...

Comió, pagó, se fué... Carrera de San Jerónimo abajo, distrajéronle un instante el movimiento y el bullir de la muchedumbre; mas ya al doblar el mezquino callejón de San Ricardo volvió á sumergirse en su adorado ensueño... "Sí; era preciso buscar un nido apartado; un momento llegaría en que se hiciera sospechoso su continuo visiteo al aristocrático hotel y entonces..." Y al subir las escaleras de su domicilio, aquellas interminables escaleras—vivía en un quinto piso... con honores de tercero—desbordábase en su corazón la gratitud al dios alado por la ventura inefable que gozaba y en la que poco antes ni aun se atrevía á soñar siquiera.

—¡Gracias... gracias, Amor!... ¡Bonito comienzo para una composición en que se espejara el estado de mi ánimo! "¡Gracias... gracias, Amor!" No... y á Albina también; aunque, bien mirado, todo es uno y lo mismo. ¿Qué es para mí la marquesa de Guntín, sino el propio Amor hecho carne?

Sentóse á escribir. Veinticinco cuartillas constituían la labor diaria que se había impuesto, á fin de poder dar cima á los dos tomos mensuales. Muchas noches habíánle sorprendido las dos de la madrugada en aquella faena ingrata y oscura, mientras el

frío glacial filtrábase por las quebrajas del balcón y la helada descendía sutil envolviendo en un resplandor hialino y azulencaca la torrecilla de Teléfonos, las chimeneas, los postes, los tejados que brillaban con reflejos de acero en la calma profunda y en la serenidad augusta de la noche. El brasero, apagado ya, era sustituido por los cigarrillos que, encendidos uno tras otro, iban llenando de espeso humazo la habitación. La última cuartilla, el último cigarro, el último estremecimiento de frío... ¡y á la cama!

Púsose aquella noche al trabajo, como de costumbre. A la izquierda, la novela inglesa, el tintero de cristal á la izquierda, delante el rimero de las cuartillas impolutas, contada; y recontadas de antemano, y enfrente el abultado diccionario para los trances difíciles, cuando tropezaba con una palabreja rebelde, cuya traducción exacta no acudía inmediatamente á los puntos de la pluma.

¡Las once... las doce! Traducía con el pensamiento puesto, más que en Dickens, en la marquesa. Y en tanto que escribía, una voz extraña y cantarina, amorosa y dulce, como de otro mundo llegada entre aleteos divinos, palmas triunfales, nacarinas nubes y músicas acordadas, dictábale á su imaginación calenturienta:

¡Gracias... gracias, Amor! En su regazo,
mirándome en sus ojos,
en ellos vi la suspirada gloria...

Sentíase inspirado. No tenía que hacer sino seguir el eco de aquella voz que le decía cosas tan dulces y en tan perfecta consonancia con su espíritu. Y en oirla y en recoger en el papel los dictados de aquella voz que resonaba, no en su oído, sino en su cerebro, invirtió media hora, una... Miró al reloj... ¡las dos! Contó las cuartillas que le faltaban. Ocho. "Apresurándome—se dijo—todavía puedo darlas ter ninadas. ¡Adelante!..."

Y siguió, siguió traduciendo con afán loco, con empeño desapoderado, con verdadera rabia... ¡Oh! Aquello era desesperante, cruel, abrumador... Era el potro fatal que le retenía amarrado á la prosa de la vida, mientras la voz ideal seguía musitando... ¡Gracias... gracias, Amor!...

Poco faltaba ya para que las primeras luces de la aurora comenzasen á descorrer el velo medoñento y sombrío de aquella noche larguísima, cuando Alvarado se dejó caer sobre el camastro, subiendo hasta la barba la frazada no muy limpia ni muy fuerte. Cayó rendido, sin fuerzas... Las emociones del día, el trabajo de la noche... ¡era demasiado! Durmióse, sin embargo, satisfecho, feliz, viendo siempre aquella Venus palpitante, aquella ánfora tibia, de carnes perfumadas, en la que había bebido con sed insaciable, con ansia inextinguible el amor, que transforma los seres y los mundos... Cogerla entre sus brazos, por la cintura tornátil, como una ánfora gallardísima y opulenta, acercarla á sus labios afanosos, y

beber, beber en aquellos bordes rojos, frescos y sensuales, una hora y otra hora, hasta que llegara la de la embriaguez absoluta, la del eterno anonadamiento... Y repetía sonriente al adormirse:

¡Gracias... gracias, Amor! En su regazo...

IX

¿Habrá necesidad de decir que al siguiente día faltóle tiempo á Marcelo Alvarado para encaminarse al hotel de los marqueses á la hora de costumbre?...

El gravadoso prócer saliera ya, camino de la Alta Cámara, donde solía echar su sies-tecita mientras alguno de sus *distinguidos compañeros* arrancábase muy campanudamente con un discurso parecido á los que durante tantos años venía soportando, mientras allá afuera esperaba el cochero, no mucho más despierto en su pescante que su señor en los senatoriales bancos. Sólo una vez, en los primeros días, había tropezado el Excmo. Sr. D. Ramón de Vilamelle en su casa á Marcelo, en respetuoso charlar con la marquesa, las pruebas de *El vivir* delante y en la mano la pluma. La pobrecía de su pelaje hizo que le pareciese tan insignificante, que no volvió á acordarse ya más de él.

Así, puede decirse que era casi casi absoluta la libertad con que podían contar los

dos amantes. Ausente el marido, la tarde lluviosa y los criados abajo, hechos á no subir las escaleras si no oían el aviso del timbre eléctrico, poco después de cerrarse, al siguiente día de los sucesos narrados en los capítulos anteriores, la puerta del *boudoir* detrás de Marcelo que llegaba, Albina Osorio se lanzó á los brazos de éste como una chiquilla locuela y pizperina. Estaba aún más encantadora que la vispera, más pegajosa, más coqueta; en sus ojos había fulmineas miradas que Alvarado ni aun sospechara en ella; en sus labios, sensualismos abrasadores; en sus muecas, picardías lascivas, que caldeaban su sangre; en su cuerpo, una languidez, un abandono infinito. Abrazada al amante, hacia destacar con tan ofidianos movimientos el ritmo armonioso de su cuerpo y la rotundidad de sus carnes gloriosas que el pobre mozo creíase víctima de una pesadilla carnal, arrastrado por una bacante huída de algún friso griego y animada por algún Pigmalion maravilloso.

... Albina corrió á su tocadorcillo de esmaltado limonero y con su brocha de áureo mango pasose una suave capa de polvos perfumados y casi intáctiles por sus mejillas para mejor encubrir la sofocación de su semblante y lo violáceo de sus hondas ojeras; de sobre un mueble cogió la petaquilla de los cigarrillos turcos, y con genial desenfado, con desenvoltura que al mozo pareció insólita, tomó uno de ellos alargándosela después, abierta y repleta.

—Toma...—le dijo—. Siempre serán mejores que los vuestros del estanco.

—Pero ¿te ha dado ahora por fumar?...

—Yo hago lo que tú hagas. Verás; un día, hace ya tiempo, tuve el capricho de fumar, como tantas otras: como la de Pinoerguido, como lo de Montebriznas, como la de Villamide... No me supo bien, que digamos. Ayer, desde que tú te fuiste, probé otra vez, y ya... ya me supo mejor... Ahora, á tu lado, así, muy cerca, echándote yo el humo en esos ojazos (y se los besaba) y recibiendo el tuyo en los míos, me parecerá cosa exquisita y graciosísima. Ya me acostumbraré, ya verás, y hasta puede ser que llegue á fumar los del estanco que fumáis vosotros por parecerme éstos demasiado suaves, como le pasa á Berta Castaño, la que anda con Adolfo Matilla.

—Oye, oye ¿qué es eso de que anda?

—Pero ¿no lo sabes? ¡Pues si eso lo sabe todo Madrid! ¡si hasta dicen que lo sabe su marido! Y no creas que es ella sola. También Aduana Pereda y Julia Tomares y Leopoldina Santiobre... y tantas y tantas; ¿pero no sabías tú eso? ¿De qué planeta has caído?

—¿Pero; quiénes son todas ésas?...

—Pues mira, gentes que gastan corona en las portezuelas de sus autos y sus coches, mujeres de sus maridos y queridas de sus amantes... como yo ahora. ¿Y qué me cuentas de Tula Piñón? De ésa se cuentan por docenas, y dicen también otras mil atrocidades. Hasta la llaman *la Safo* no sé

por qué. ¿Quieres que te cuente? Pues hay para empezar y no acabar.

Gozaba Albina un placer picante, un lúbrico cosquilleo en este voluntario y vicioso encanallamiento. Y acompañaba sus palabras con gestos de pilluelo y mohines lascivos... Parecía que aquello debía ser así... Y reía como una locuela cendolilla y se apretujaba más entre los brazos de Marcelo y seguían arrojándose mutuamente bocanadas de humo á los ojos, á la boca, en los oídos, entre risas y toses y mimos y muecas... La azulosa humareda envolvía sus cabezas. Albina encontraba aquel juego graciosísimo y nuevo.

De pronto, Alvarado, rompió en su canturía de la pasada noche:

Gracias... gracias, Amor...

—Oye, tú... ¿qué es eso?

—¿Esto?... ¡Versos!... Anoche acudieron á mi imaginación...

—¿Versos?... ¿Para mí?... ¡A ver, á ver!... A ver cómo me quieres en verso...

—Con el alma entera, con mi vida toda, en verso, en prosa, de todas maneras...

—Pues anda, cuenta, di... ó mejor dicho, canta... que es más poético.

Marcelo procuró recordar y comenzó con apasionado tono:

«¡Gracias... gracias, Amor!... En su regazo, mirándome en sus ojos, en ellos vi la suspirada gloria...»

Pero no pasaba de ahí. Tuvo que sacar

el papelito para seguir leyendo. Era un himno al Amor, al amor gozoso, al amor satisfecho, al amor que lo da todo y nada esquiva... Dos, tres veces vióse obligado á recitar, á instancias de Albina, aquellos versos libres, libres como su amor, no constreñidos por la regularidad del metro ni las tiranías de la rima, lo que los hacía parecer más vigorosos, más sinceros, más espontáneos.

—¡Muy bonito... muy bonito! afirmó pal-moteando la marquesa, alegre y feliz. ¿Sabes que voy creyendo que, efectivamente, tú volarás muy alto?

—Después de llegar á tus brazos, ¿qué mayores alturas puede ambicionar un hombre?

—No importa... no importa...—Y cogiéndole el papel comenzó á leer á su vez.

«¡Gracias, gracias, Amor!...»

—Oye—agregó de pronto—. ¿A que no sabes el descubrimiento que acabo de hacer?...

—¿Cuál?

—Que estos versos lo mismo pudiera dedicártelos yo á ti que tú á mí.

—¿Cómo puede ser eso?...

—Pues muy sencillamente. Donde dices *mi amada* digo yo *mi amado*, hago *ados* todos las *adas*... y ya verás, ya verás:

«¡Gracias... gracias, Amor!...»

Y continuó leyendo, y Marcelo acabó por confesar que era exacta la afirmación de

Albina. A él mismo le chocó semejante coincidencia. No se hablaba allí de turgentes senos, de coralinos labios, de cabellos ondulantes... No era un canto á la mujer... Era un canto al Amor, al Amor eterno y único, un canto que rebosaba en cada verso, en cada palabra la satisfacción corporal y espiritual del que una vez ha gozado las dulzuras infinitas en brazos del ser amado.

—¿Me quedo con ellos ¿eh?

—¿Para qué los quiero yo? Son emanaciones de mi alma que vuelven hacia ti. Y si el alma es tuya, ¿cómo no han de serlo los versos que tú le inspiras?

Charlaron luego de muchas otras cosas. El impresor había ofrecido á la marquesa, antes de cuatro días, los cincuenta primeros ejemplares de *El vivir*. Celebraría una reunión en sus salones para leer algunos trozos del libro antes de ofrecerlo al gran público... Media docena de periodistas para que hicieran el reclamo, docena y media de escritores y de artistas, unas cuantas damas y caballeros de la espuma aristocrática... El, desde luego, quedaba convidado; asistiría á la reunión por derecho propio, como era senador su marido. Quería verlo allí, tenerle cerca en momento para ella de tal importancia...

—Oye... oye... ¡Pero exigiréis el frac!

—Es verdad... no había caído en ello. ¡Escucha! Le pides dinero adelantado á tu editor.

—No me lo dará.

—O sí. Ya metido por los caminos de la generosidad... porque dices que contigo no se porta como un Matatías...

—Lo intentaré, de todos modos. ¿Y cuándo, cuándo va á ser eso?

—Pues como ser, puede ser... ¡Verás! Hoy somos... martes. Para el sábado..., es decir, si de aquí á allá te dan el frac, si no... cuando tú quieras. Ahora eres tú quien manda.

—Gracias. El sábado me tendrás aquí... ¡de frac!

—¡El sábado me tendrás aquí!... Pero, ¿es que no vas á venir hasta entonces?

—Ya lo creo que vendré... Y á propósito...

Y cortando el muchacho el pregunteo de su amante, comenzó á desenvolver el plan que había imaginado; se pondría un cuartito de soltero... Siempre, siempre no habían de poder verse en el hotel... Hasta entonces, la publicación de *El vivar* fuera un pretexto para sus continuas idas y venidas; pero, ¿y después?

Pusieronse de acuerdo... Aun cuando no por ella, por él mismo era conveniente... Viviría mejor, más decorosamente, más libre, en un cuarto digno de una persona formal y de buen tono... "y en el mundo, *chiquillo*, según lo ven á uno, así lo tratan los demás". El ya... ya había comenzado á tender sus miradas. En la calle de Villanueva había un cuarto bajo muy decentito... y que no era caro.

—No, no... ahí no. Eso está muy cerca... Allá, allá... del otro lado...

—En los periódicos de la mañana he visto anunciado un entresuelo en la Corredera, un tercero en la calle de Campomanes...

—¡Ese... ese! Es más solitario, menos expuesto... Un poco lejos... pero ni eso. De aquí á allá, nada. La Puerta del Sol, la calle del Arenal... ¡y en nuestro nido!... Y ¿cuándo, cuándo vas á hacerlo?

—Mañana mismo lo ajustaré, si te parece.

—Oye... y que los muebles sean de buen gusto... ¡Porque, aunque sea un cuarto de solterol...

—¿No acabas de llamarle *nuestro* nido? Pues ya ves cómo no es tan... tan de solterol.

—Ya veremos qué gusto tienes. Porque en cuanto esté listo voy á verlo, ¿sabes?

—Y lo que á ti te parezca mal se quita, y lo que notes de menos se añade...

—No... si yo no quiero tampoco para ti un cuarto femenil, no. Hombruno, serio, pero elegante; que se vea que el que allí vive es un hombre de buen gusto...

—¡Qué mejor prueba de ello que el haberme vuelto loco por ti, Albina mía!

—¡Locol...

—Oye... ¿quicres que repitamos juntos aquello de *gracias, gracias, Amor?*

X

Los revisteros de salones dedicaron sendas columnas á la fiesta celebrada en el hotel de los marqueses de Guntín. Para ad-

jetivar y describir, agotaron los colores del iris, volcaron de sus pebeteros todos los aromas orientales, y no perdonaron ninguna de las palabras almibaradas y elogiosas en que es tan abundante nuestro léxico. Formó época aquella velada en los fastos del gran mundo cortesano, y durante mucho tiempo se habló en los salones de tal espléndido tocado en ella lucido por vez primera ó de cuáles alhajas sacadas á la luz con tal motivo...

Fué realmente brillante, verdad obliga; un derroche de riqueza, de hermosura, de perfumes y de luz. Los marqueses—la marquesa sobre todo—cuando á tales empresas se ponían sabían no quedarse á mitad del camino, ni entre señoría y merced. Los salones del hotel deslumbraban, y entre los caballeros que por ellos discurrían, luciendo sus negros fraques y sus pecheras immaculadas, encontrábase Marcelo Alvarado, presentado á sus intimos por la marquesa como *autor dramático*, sin más explicaciones.

Generoso se mostrara el editor, adelantando al afortunado mozo el importe de dos tomos no traducidos aún. A nadie extrañará este detalle, si advertimos al consignarlo, que Albina Osorio había hecho una nueva visita á las oficinas del librero. Sorprendió á éste la insistencia de la dama y aun acaso llegó á tener barruntos de las verdaderas causas de tanto desprendimiento. De todos modos, seguía ignorando quién fuera aquella misteriosa admiradora de Dickens,



y como ello le permitía, sin menoscabo de su bolsa, romper con la tradición de los editores usureros, aceptó el nuevo donativo de la incógnita señora, yendo así una buena parte de él—los ochenta duros consabidos—por camino tan indirecto, desde la limosnera de Albina á la cartera de Alvarado.

El triunfo para aquélla fué completo. Leyó con soberano arte (porque ya queda dicho que era suprema lectora) algunas de las leyendas de *su* libro, entre ellas la de la desventurada doña Sol, que produjo estremecimientos de horror en el auditorio, y que la novel autora leyera apacible, sonriente, con la misma apacibilidad é igual sonrisa con que Marcelo la escuchaba... ¡Oh, aquella leyenda, la leyenda querida, la más amada de los dos!...

Las manos se juntaron para batir palmas; los labios se entreabrieron sonrientes para prodigar felicitaciones; los literatos hacíanse lenguas del misterioso encanto que flotaba sobre la prosa afiligranada de aquellas historias medioevales; los revisteros buscaban, y no hallaban, nombres ilustres que parangonar con el de la marcaesa; las damas hacíanle presente su deseo vehementísimo de leer el libro en toda su integridad y esperaban uno de los primeros ejemplares—todas igual—, por de contado con su correspondiente amable dedicatoria—, todas también lo mismo... Albina estaba radiante de gloria, enajenada.

...No se supo quién fué el primero que

lo dijo; pero verdad fué, que una voz indiscreta propaló la afirmación de que, con ser tan lindamente atildada aquella prosa, no era aquello todo lo que la marquesa hacer sabía en hermosuras literarias. Era una prosista incomparable, como todos habían advertido, pero también era muy brillante poetisa, según dictamen de unos pocos iniciados, entre ellos el propio marqués, que fuera el primero en sorprender esta nueva faceta de la personalidad literaria de su esposa, saboreando una bellísima composición que, con todo y parecer por su autora destinada á no traspasar las lindes de la intimidad conyugal, era delito de lesa poesía el no darla á conocer, como un anticipo, al menos, de otras obras igualmente hermosas é inspiradas.

Resistióse Albina con encantadora y fingida modestia; eran cosas demasiado íntimas para que pudieran hallarles los demás el encanto que solamente podían tener para los interesados en aquellas expansiones de un amor feliz. Con todo, insistieron los aplaudidores; é insistieron tanto, que al fin hubieron de cruzarse dos miradas los esposos, la de ella como una demanda, la de él como un asentimiento.

Un instante después, volvía de sus habitaciones la marquesa, en sus manos las largas cuartillas, brillantes y blasonadas.

Una salva de aplausos acogió su llegada; cesó como por encanto el mosqueo que ambulaba en el ambiente, y á la temblorosa luz de los argénteos candelabros,

ruborosa, feliz, saboreando su triunfo de antemano, comenzó á leer con su voz sonora, cristalina y dulce.

Marcelo, arrimado á una de las puertas del salón, veíala perfectamente; mejor que ella á él, medio oculto tras los colganderos y joyantes cortinones... Y no pudo disimular un brusco gesto de sorpresa al oír las primeras palabras de aquella composición, que surgían de los bermejos labios de la marquesa, lentas, cadenciosas, suaves, apagadas como un suspiro, trémulas como una plegaria:

«¡Gracias... gracias, Amor!... En su regazo...»

¡Aquello era ya demasiado! Por supuesto, la ovación fué completa, grandísima, inenarrable; fué una consagración definitiva. Pidiéronle como gran merced los periodistas á la festejada dama les autorizase la publicación de aquellas estrofas, enunciados de un verdadero *astro que comenzaba á brillar en el cielo de nuestra literatura*. Ofreciólo ella, formáronse corrillos, las conversaciones volvieron á animarse, y durante media hora fué el tema de todas las hablanzas el dichoso descubrimiento de aquella noche... Sonaron los violines y los acordes del piano dejáronse oír preludiando *La invitación al vals*, de Weber... La segunda parte de la fiesta comenzaba...

Dos horas más tarde, entre la animación propia de un *buffet* bien provisto y alegrado por hermosas damas, Albina, al mismo tiempo que hacía los honores á sus convi-

dados, seguía recibiendo de éstos plácemes y jaculatorias. Un momento pudo hablar Marcelo á solas con ella, en voz tan apagada como la de una confesión:

—¡Pero te has vuelto local...

—¿A qué hora nos vemos mañana?

—Cuando quieras. Ya lo sabes.

—Aquí, no

—En mi casa, entonces.

—¿Estás ya instalado?

—Completamente.

—Espérame á las diez en ella.

Y como advirtieran que un grupo se acercaba á Albina, Alvarado alzó la voz para decirle:

—¡Es una hermosura, marquesa! ¡Un prodigio de facilidad y de sentimiento!... Espero que no nos dejará usted con la miel en los labios y que pronto tendremos el honor de sabrosecar nuevas muestras de su inspiración brillantísima... ¡Sería un crimen el negárnoslo á quienes tanto y tan de veras la admiramos!

¡El, Marcelo, obligado á ensalzar su propia obra!... ¡Ah! ¡Si aquellas gentes presumen por qué y para quién fuera escrital...

XI

No pudo la explicación ser más sencilla ni más verosímil tampoco. Copiando una y otra vez la querida poesía para mejor retenerla en la memoria, sorprendiérala el marqués en tal labor. Afortunadamente, uno y

otro papel estaban escritos de puño y letra de Albina. Admiróse el senador por derecho propio ante este nuevo aspecto literario de su esposa; leyó y releyó el himno de gracias al Amor, y satisfecho debió quedar de todo ello el muy modorro, pues limitóse á acariciar, con mayor ternura que solía, la abundante y rubia cabellera de la literata. Y no hubo más. Ahora, si la extrañeza de Marcelo causábala aquel apropiarse una composición suya; si eso le causaba el disgusto más insignificante...

—¡Pero qué tontísima eres! Disgusto no; intranquilidad sí, y eso por ti únicamente. Explicadas las cosas de ese modo, no se hable de ello más. ¡Ya ves! ¡Si para ti fueron escritos! ¡Si tú los inspiraste!... ¡Si en realidad son más tuyos que míos!

—Lo malo es que, por causa de todo este enredo, tendré que reincidir alguna vez que otra, dando como más poesías tuyas, naturalmente. Si no pudiera descubrirse la hilaza y...

—No una... cien... mil... ¡Si casi no traduzco! ¡Si casi no hago más que versos!... No los dos tomos convenidos, pero ni uno podré dar este mes al editor... Y es que tú has despertado en mí una inspiración nueva, una inspiración que yo no pude sospechar jamás, como no pude tampoco llegar á creer que fueras mía... Y son mensajes de mi alma que á la tuya vuelan por natural impulso, sin preocuparse del punto de partida que abandonan felices y risueños... No es que yo te haga la merced de mis po-

bres renglones cortos; es que sin ti no los haría, no existirían jamás, porque yo no soy sino la mano que escribe guiada por ti, inspirada por ti... Y hasta tal punto has absorbido por entero mi pensamiento, que ¡asómbtrate! ni aun me preocupa el que se estrena el martes *La Gala de Medina*... Mas te aseguro: si la viera fracasar ruidosamente permanecería insensible ante el fracaso; me parecería merecido y natural... Y es que tú llenas mi vida y mis horas todas, las del día y las de la noche, las unas con tu presencia, las otras con tu recuerdo...

—¡Pero tanta indiferencia es suicidal!

—No... Es que ha llegado hasta parecerme indigno el escribir nada que no sea en alabanza de tu persona, en ponderación de nuestro cariño; tú eres mi amor y mi Musa, y así como los místicos iluminados no ven sino á Dios y nada encuentran digno de ser cantado que El no sea, así yo fuera de ti, ni veo nada ni encuentro nada que merezca ser ensalzado... Hasta tal punto es tuya mi vida, que tú puedes hacer de mí lo que ¡mejor te venga en gana: un genio ó un loco, un héroe ó un criminal...

—Todo eso está muy bien y ya sabes que no me quedo yo atrás en nuestros que-
reres; pero dime, dime, ¿no asististe á ningún ensayo de tu obra?

—Ni veo á Cubillo siquiera. Cuando voy á su casa no lo encuentro. En la calle de la Paz no sé si le dirían que me he mudado... Pero ¿qué importa? Déjalo, que el pandero está en manos que saben tañerlo bien.

—Lo malo es que el martes tenemos la Junta del Patronato del Asilo y no podré asistir á tu triunfo.

—¿Quisieras presenciarlo?

—¿Dudas acaso que me alegraría de ello?

—Deja esa Junta...

—¡Horror!—objetó la marquesa riendo y santiguándose—. ¡Una dama tan piadosa... y tan cristiana, abandonar sus deberes caritativos para asistir á un estreno! ¡Digo, y de una zarzuela!

—Pues no vayas al teatro; ven aquí, á mi lado.

—¡Otra te pegol! ¡Cuando digo que estás loco de remate! Además—añadió cambiando de tono—, de noche no es cosa de salir á pie... y ya ves, ¿cómo no había de percartarse el cochero de si voy ó si vengo?...

—Es verdad, no había caído en ello. ¡Pasaría tan dulcemente unas horas que, de otro modo, serán para mí de un suplicio horrible!

—¿Pero es que no quieres ir al estreno?...

—Es que serían impresiones demasiado violentas las que sufriría en él, impresiones que no conozco... que no sé si podré resistirlas...

—¡Pobre Marcelo! Hasta el triunfo te amedrenta, porque de que triunfarás estoy segurísima.

—No... Es que soy tan feliz, que temo que la brusquedad del contraste entre unas y otras impresiones no pueda soportarla mi

alma. Por eso te preguntaba ¿vendrás?
¡Anda, ven!...

—Lo intentaré.

—¿Vendrás?...—insistió él.

—Éspérame al menos—contestó ella.

Y no se volvió á hablar más del asunto.

XII

Y la noche del estreno llegó, como llega todo en el mundo. Inútilmente esperara Cubillo á su colaborador un día y otro día durante los ensayos de la obra; en vano, cuando éstos se hicieron generales y *con todo*, enviárale un volante por el avisador del teatro... Hay que advertir, para que la verdad no padezca, que el aviso fué entregado en la calle de la Paz y que la gorduncha hospedera juzgara más cómodo dejarlo por allí sobre el aparador, entre copas y bandejas, que mandarlo á la calle de Campomanes...

Cubillo sabía perfectamente que Alvarado no estaba enfermo. Por aquellos días aún, habíanle advertido que estuviera dos veces en su casa á buscarlo... De suerte que el uno sabía del otro, que en Madrid estaban los dos, pero que parecían jugar al escondite, según lo que se buscaban sin tropezarse nunca... En confianza semejante, el aplaudido autor de *El Gonfalonero* siguió dedicando todo su interés á los ensayos de la nueva obra. Ya aparecería Marcelo, cuando la ocasión fuere llegada...

La noche del estreno el teatro rebosaba de público. Cubillo, en el escenario, esperaba á cada momento ver entrar, por la puertecilla que con la sala comunicaba, á su huído colaborador. Inútil esperar... Sonaron los primeros compases de la overtura y se alzó el telón para el primer acto sin que Alvarado diera la menor señal de vida.

Eran las nueve de la noche, y, á aquella hora, Marcelo paseábase impaciente en su cuarto de la calle de Campomanes, recorriendo la habitación á grandes trancos, una vez, diez veces, cien... *Espérame, al menos*, le dijera la marquesa, y él, obediente, la esperaba. Pero al mismo tiempo, su pensamiento, cruzando por sobre el Madrid hormigueante, iba á abatirse sobre aquel vasto edificio de la plaza del Rey, donde á aquella hora se representaba *La Gala de Medina*. ¿Estaría allí la marquesa? ¿Estaría en la Junta de Damas?... ¿Cómo, ni en uno ni otro caso, había de acudir á los brazos del amante? ¿No habría sido un alarde misericordioso aquella vaga promesa de acceder á sus deseos? Una aristócrata no es una pelandusca, y por muy enamorada que esté, precisa ser todo lo depravada y maligna que darse puede, como *la Safo*, por ejemplo—y la de Guntín no lo era tanto—, para acudir á pasar las noches en brazos de un amante y bajo el propio techo de éste, abandonando el de su marido... Y esto no obstante, Alvarado, esperaba batallando y debatiéndose entre la confianza y la duda. Sentía el rodar de un coche... ace-

chaba tras los visillos de la ventana... No... ¡pasaba de largo! Desde luego comprendía él que no podía ser el blasonado carruaje de la marquesa; pero no sería ésta, á buen seguro, la primera entre las de su alcuñia que utilizase los servicios de un simón destartado y mísero. A bien que para esto fuera preciso que diera esquinazo á las damas de la Junta, si en la Junta se encontraba, como era verosímil... ¿Habríasele dado? ¿Habría encontrado el pretexto para ello? A él ocurriábase al pronto mil y uno... El tener que asistir al martes de la de A ó la de B... El mismo del estreno; tratábase de la obra primera de una de sus relaciones, y su marido no quería faltar á él; era esto hasta lógico... Luego la marquesa salía, y en lugar de largarse calle de Alcalá adelante, tomaba dirección opuesta y llegaba á la de Campomanes...

¡Pero no, no llegabal Y las diez habían sonado ya. Escuchábase á lo lejos el rodar de los tranvías; de cuando en cuando en la calle se oía rumor de voces, pero eran voces hombrunas... Pasos en la escalera... ¡Nada tampoco! Alguno de los vecinos que entraba ó que salía...

Abría la ventana; reflejábase en la pared frontera el cuadro de luz; en su centro se alongaba la negrosa silueta de Marcelo. Un momento permanecía éste acodado sobre el hierro del balcón avizorando la calle arriba y abajo... El frío de la noche haciale retirarse y cerrar el balcón con crepitar de fallebas y cristales... ¡Las oncel Y la mar-

quesa sin llegar; con la última campanada del reloj perdió el mozo el último resto de esperanza.

A aquella hora estarían terminando el segundo acto de la zarzuela ¿Qué suerte correría? La verdad era—así al menos se lo pareció entonces—que la había abandonado con exceso por aquella mujer que no llegaba. Al fin y á la postre, había puesto en aquellos tres actos la esperanza de un más seguro porvenir, de un mayor desahogo en su existencia. Hasta á imaginar llegara que pudiera muy bien ser la llave que habría de abrirle las puertas de la celebridad y de la fama.

¡Las once y media! Inútil esperar ya más. La velada habíase deslizado triste, aburrida, tediosa, cruelmente monótona. Una de sus esperanzas se desvanecía como el humo de aquellos cigarros con que pretendía distraer su rabioso fastidio. ¿Disiparíase así la otra? No vaciló. Enfundóse en su recio gabán de invierno ¡y á Pricel! Tomó una entrada y pasó al circo. Estaban en el tercer acto. Cuando él entró en la sala resonaba una salva de aplausos estrepitosa: acababa el tenor de cantar una romanza, inspirada por la misteriosa copla que se perdía á lo lejos, una y otra vez repetida:

«De noche lo mataron
al caballero...»

Interrogó á un expectador que á su lado seguía con interés profundo los incidentes de la obra... Era un éxito. Los autores ha-

bían sido aclamados, pero se reservaban para el final.

Y el final fué una ovación entusiasta, estruendosa, frenética: *¡El autor! ¡El autor!*, reclamaban los espectadores puestos en pie, vociferando y aplaudiendo. Y uno de los cómicos se adelantó hasta la batería: "La obra que hemos tenido el honor de representar, es original de don Gabriel Cubillo y del maestro Salinas... *¡De Cubillo!... ¿Y él?...*

¡Que salgan! ¡Que salgan! E inmóviles las pupilas, tembloteantes los labios y sintiendo un frío de hielo que corría por sus venas, vió Alvarado cómo el telón de boca subía y bajaba, y cómo salían á recibir, sonrientes y gozosos, los aplausos y los vítores, Cubillo, aquel Cubillo que no había tocado á un solo verso de su obra por no cometer una profanación, y Salinas, el celebrado maestro, el aderezador de la música.

Salieron dos, cuatro, seis, diez veces... El público comenzó á desfilar; enfundaron sus instrumentos los músicos de la orquesta... Marcelo no sabía por dónde ir al escenario, y menos aún cuando la luz fué acortada hasta dejar casi en tinieblas el amplio interior del circo... Esperó. Alto hasta las orejas el cuello del gabán y en los bolsillos las manos, iba y venía desde la puerta de entrada al pasillo y de éste á aquélla. Por allí había de pasar Gabriel, seguramente, y él le explicaría entonces...

Cubillo llegó rodeado de esa corte de amigos que escolta á los autores en sus

noches de triunfo. Alvarado lanzóse á él tartajando:

—¿Qué es eso de dar mi obra como tuya solo?...

—¡Su obra! ¿De cuál habla usted ni con qué derecho?...

Estremecido su cuerpo todo, tambaleándose como si ebrio estuviera, buscó Marcela el apoyo de la pared para no desplomarse.

Sus dedos retorciáanse, ávidos de hincarse en el cuello del canalla... Farfulló aún.

—¡Ah! ¿Conque ahora no me conoces, ladrón, miserable?...

Cubillo se dirigió á él amenazante; contuviéronle los que le seguían, y él se dejó contener sin gran esfuerzo. Limitóse á un desdeñoso encoger de hombros y siguió su camino, departiendo con sus corrilleros:

—¡Alguno de esos pobres diablos que resultan siempre autores de las obras de los demás!

Y lanzó una sonora carcajada, mientras Marcelo seguía rezongando:

—¡Ladrón! ¡Ladrón!... ¡Miserable!

Miró perderse el grupo á lo lejos, en las sombras de la noche; comprendió toda la soberana ridiculez de un escándalo en tal hora y en tal sitio y por tal causa, y abandonó aquellos lugares, roída el alma por aquel despojo, como por un cáncer devorador de sus ensueños de gloria, de su renombre de poeta.

Y era lo peor que seguramente no había de encontrar reivindicación posible. Aque-

llas cartas cruzadas por los dos colaboradores entre Madrid y Muraleda, allá se quedarán hechas menudos añicos, confundidos y revueltos con los pedazos de tantas otras, desgarradas al hacer selección y limpia de papeles. ¿Para qué las quería cuando iba á entenderse mano á mano? Pues en conversaciones de café, rememoradas ahora, tampoco lo había Cubillo presentado jamás como su colaborador, sino como un literato más, un compañero provinciano... ¡Cualquiera! Y seguramente que, siguiendo tal conducta, el libro presentado á la empresa iría escrito de su propia letra ó de cualquier copista; á Salinas habríale hablado de la obra como cosa propia y lo mismo á cantantes, revisteros y á cuantos de ella le preguntaran... Cierto que gran parte de la culpa era de él y sólo de él, de Alvarado, que, viviendo para el amor, no cuidara de otras glorias, más prosaicas tal vez, pero no menos apetecibles.

¿Y ahora? Tropezando con golfos y ramerías, con serenos, remolones y nocherniegos sospechosos, ambulaba por las calles sin rumbo fijo, sin saber adónde iría, contestando á los requiebros de las hembras de germanía con groserías soeces, á las peticiones y sablazos de perdularios y mendigos con frases insultantes... Inyectados los ojos, foscoso el ceño, crispados los puños, saltante el corazón, ansias sentía de destrozo, de aniquilamiento, de destrucción, de algo insólito, bárbaro y osadamente brutal de algo que le compensara aquellos horro-

rosos sufrires, aquellos abrumadores padeceres...

Como un sonámbulo vagó por buñolerías y chiscones, mancebías y cafetuchos, insensible al frío, perdida la noción del tiempo. De pronto y sin darse cuenta de cómo llegara hasta allí, encontróse en plena calle de Campomanes, ante la puerta de su casa. Subió...

¿Quién pensaba en acostarse ni en dormir?... De un lado para otro seguía en el reducido espacio de aquellas habitaciones en peregrinar inacabable; castañeteaban sus dientes, sus labios mascullaban incoherentes amenazas... Poco á poco la azulina luz de la mañana fué haciendo destacarse de las sombras muebles y objetos... A lo lejos sonó una campana convocando los fieles á la misa auroral... Y el día avanzaba indiferente, y llegaba claro, jocundo, dorando el cielo... ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Una hora, dos, tres?... Alvarado no lo supo nunca... Su pensamiento retrotraíase á la noche anterior, y no quería abandonar el recinto que imaginara teatro de sus glorias, de un surgir repentino á la popularidad y á la fama... Y veía el vasto círculo como un mar de cabezas que arriba y abajo seguía con interés los episodios de la leyenda castellana... y atisbaba las sonrisas de aprobación, los cabeceos admirativos con que eran acogidas las bien entonadas quintillas, los líricos romances...; y solazábase oyendo los trozos musicales...; y sus mejillas sollamábanse á cada salva de aplausos que en el

salón inmenso estallaba como una tempestad...; y recordaba aquel final, acaso burlón para los otros, trágico para él: "La obra que hemos tenido el honor de representar, es original del señor don Gabriel Cubillo..."

En su abstracción continuaba cuando en la escalera sonaron unos pasos rítmicos, menudos, mezclados al frufuteo de sedosas y crujientes ropas femeninas que parecían agitarse con alegre revuelo... El timbre sonó prolongado y alborotador...

Inconscientemente fué á abrir. La linda y ondulante figura de Albina Osorio destacó en el umbral, envuelta en un onda de perfumes afroditas, y más provocativa, más voluptuosamente depravada cuanto menos parecía querer aparentarlo. Correctamente vestida de negro, el tornasolado de la bien ceñida seda hacía destacar malignamente lo robusto del redondo pecho, la ondulación de sus caderas recias, el aletear del seno... Los negros encajes de la almagraña mantilla hacían aparecer su tez más luminosa, más rubio su ceño, más transparentemente azules sus ojos, más encendidas sus mejillas, más bermejos sus labios de guinda donde los besos palpitaban sedientos de otros besos... Gallardamente recogida la negra falda desnuda de faralaes y arrequives, dejaba al descubierto sus menudos y combados piececillos de aristocrática corrección y la tirante media aprisionando su redonda y alta pantorrilla, cuya firmeza de dibujo se traslucía coquetonamente...

Por vía de salutación y en la puerta mis-

ma, la marquesa, empinándose en la punta de los pies cuyos espejeantes zapatos crujieron temblorosos, tendió los brazos al cuello de Marcelo, sin soltar aún el manguito de cibelina y cariciosa piel en que guardaba la mano izquierda ni el rosario de perlas que tintineaba retozón anudado en la derecha...

Dejóse abrazar el mozo como un idiota, sin corresponder á aquel saludo ni dejar en los labios de la de Guntín el graneado flego de besos que iban buscando.

—Oye tú, ¿qué manera de recibirme es ésta?

—¡Déjame!—contestó Alvarado bruscamente.

—¡Vamos!... Es que se te han subido á la cabeza las embriagueces del triunfo...

—¡Albinal!—repuso el mozo con aire de reconvención.

—Sí, hombre ¡del triunfo! Anoche, cuando el vizconde de Ozorno fué á la Junta á buscar á su mujer, nos contó el éxito... un éxito loco...

—¿Sí, eh?—añadió Alvarado paseando airado por la estancia.—Pues... recuerdos á tu vizconde...—Y se quedó de pie ante los cristales mirando á la calle.

—¿Mi vizconde? ¿Qué es eso de *mío*?—interpeló la dama con extrañeza, pero acercándosele aún con mimosa lubricidad y juntando al de él su cuerpo cadencioso y mórbido.

—Mujer ¡no seas sobona!... ¡Si supieras cómo estoy!...

—Ya... ya lo veo... Pero anda ¡ven! Yo te consolaré... Si ayer no he venido fué... ¡verás!...

—¡Quital... ¡No seas!...

Y la injuria brotó seca, breve, soez, rotunda, prostibularia, brutalmente feroz, de aquellos labios que tanto buscaran los de Albina. Lanzó ésta un grito horrible al sentir el latigazo en el alma, y esgrimiendo el arma única de que disponía, agitó un segundo en el aire su rosario, que fué á cruzar la cara del infame... algunas de las perlas saltaron hechas polvo, al mismo tiempo que los brazos del áureo crucifijo marcaban una sangrienta huella al desgarrar la carne del insolente...

Rugió Marcelo al sentirse herido, aborascóse el cabello de una garfada, y epilépticos los dedos y la bota en actitud agresiva, lanzóse sobre Albina. Esta esquivó el golpe, pero tropezando, al huir, en una silla, rodó al suelo, donde se apelotonó su cuerpo para ofrecer menos blanco á las brutalidades de su amante.

—¡Anda!—gritó exasperándole y con ronca voz la hembra viciosa, desaparecida ya la dama. —¡Anda, canalla, miserable! Pórtate como quien eres... Golpea, hiere, mata... ¡Qué habéis de matar, los que sois capaces de decir á una mujer esas cosas! ¡Repítelo otra vez!

Marcelo quedóse con el pie en alto, amenazante el tacón. De pronto, se dejó caer en el sofá sollozando. Iba á balbucear algunas palabras en demanda de perdón, en sú-

plica de misericordia... Pero ya Albina, reparando con cuatro manotazos el desorden de sus ropas salía de aquella estancia sin volver atrás la cabeza, soberbiamente orgullosa, y se lanzaba escalera abajo con firme y menudo taconeo que llegó á los oídos del poeta mezclados con el sérico crujir de la arremolinada falda...

Así terminó para Marcelo aquella velada que él soñara de gloria y de amor en los brazos de la marquesa y arrullado por los ecos triunfales del aplauso...

XIII

Albina no volvió... Con sus donativos acabáronse las generosidades editoriales; Marcelo habría de tornar á traducir no más de un tomo mensual y pagados como antaño, á veinte duros, después por de contado, de entregar al editor los que le adeudaba y y aún no había traducido. No hay para qué decir que no volvió Alvarado á acordarse para nada del novelista inglés; á tanto equivaldría el trabajar meses y meses, descontando el tiempo perdido, y sin ver por sus bolsillos aparecer una peseta.

Pasábase al principio las horas muertas el ignorado autor de *La Gata de Medina*, en su cuarto de la calle de Campomanos, añorando los días felices, cortados tan bruscamente. Había vuelto á encontrar á Cubillo. Con palabras, unas veces suplicantes, otras amenazadoras, logró de él, como una mer-

ced, compartir los rendimientos—no la paternidad ni la firma—de la aplaudida zarzuela; Gabriel cobraría las dos terceras partes del libro y Marcelo la otra. Mientras la obra estuvo en candeleró, todo marchó á pedir de boca... Alvarado tenía siempre unas cuantas pesetas que gastarse.

Acosábanle accesos de una ternura infinita, y en aquellos momentos, sollozante y congojoso, besaba arrodillado, sobre la alfombra de su cuarto, el sitio donde los pies de la marquesa se habían posado, y pedía á Dios el regalo de volverlos á ver una vez más, tan lindos, tan esculturales, encerrados en el charolado zapato, aunque fuera sólo para morir aplastado bajo sus altos tacones, entre el frufrú de las faldas y el perfume de aquel cuerpo querido; enarcaba los brazos como para mejor ceñir en ellos el busto adorable y tembloroso que estrechara tantas veces... Pero no tardaba en volver á la realidad, y con ella á la fanfarronería; y eran entonces las horas de café y las noches de embriaguez, no provocada por los vinos alegres y espumantes que exaltan el cerebro gradual é insensiblemente, sino por los alcoholes brutales y enérgicos que de una vez emborrachan y de una vez embrutecen...

Entonces, en tensión horrible los nervios, enardecida la sangre por los espalozos de la juventud vigorosa, entonces eran sus cotidianas visitas á meretricios y burdeles, donde comenzaba por acariciar empalagoso á las rameras de empegotado ca-



bello y enjalbegadas mejillas para acabar abofeteándolas y pataleándolas, gozándose en el rufianesco golpear contra las carnes fofas y resobadas. En todo y á todas horas buscaba y perseguía aquella carne satinada, sensual y dulce de la de Guntín; aquella carne esplendorosa que tan bien supiera responder á los deseos tumultuosos de la suya brillante y ardorosa; y al ver disipada su esperanza, acometíanle violencias desesperadas, groserías inconcebibles. Más de una y de dos noche fué á acabar las veladas en las cuevas del Gobierno civil, entre candeleras y busconas, timadores y perdidos...

¿Escribir?... No sabía ya, no podía... Solamente una musa le inspiraba; el recuerdo de Albina... Pero, ¿á qué evocarla? ¿Para qué cantarla? ¿Qué podría decirle? Las palabras brotaban desmadejadas y sin color de su pluma temblona y torpe, los versos incorrectos, duros... La fiebre de la posesión aguijaba su cerebro... Ahora, la posesión perdida para siempre, cada terneza pareciale un insulto, cada frase de amor una grosería, cada recuerdo evocado un sarcasmo burlón... Escribía febril y rompía nervioso, convencido de su negadez, no dejando rastro ni vestigio de todo ello...

Quiso un día volver á ver á Albina, postarse ante ella, pedirle su perdón, ahinojado y contrito. Los criados enviáronle normalmente diciendo que la señora ordenara no dejarle trasponer los umbrales de su casa. Salió. Levantó los ojos á las ventanas del

hotel aristocrático, en suplicante mirar; la marquesa le arrojó una monedilla de plata y se retiró riendo, insolente y burlona, pero como siempre bella...

Y pasaron los bellos días de *La Gala de Medina* y comenzaron los aciagos de Marcello. Fué despedido de la calle de Campomanes, y se encontró en pleno arroyo, sin saber adónde encaminarse... Rodó por todos los escalones de la degradación y la miseria; comía el sórdido cocido tabernario y dormía en las sillas de Recoletos...

Un día le dijeron que el marqués había muerto. Otro día le afirmaron que la marquesa viuda consolábase con las asiduidades de Aurelio Tavira, un poeta que empezaba.

—¿Aurelio?... Vamos sí, es el de tanta...
¡Esa mujer es carne de poetas!

Y no volvió á acordarse de ella, sino de tarde en tarde en los momentos lúcidos que le permitía su embriaguez embrutecedora, devorante, cruel... Una lluviosa mañana encontraron su cadáver apoyado en el muro que sostenía la verja del hotel que frecuentara un día. Amaratado el rostro, rígidos los músculos, espumantes los labios elefantiacos, las plantas en descalcez inmunda, las carnes mal cubiertas por calandrajos miserables, era un guiñapo más de los que amanecen á diario en las calles de la coronada villa...

...Los periódicos de la mañana, daban cuenta de la aparición del libro último de la marquesa viuda de Guntín. Era un libro

de versos apasionados, dulces, sugestivos, remembradores acaso—decían aquéllos—, de sus pasadas y fenecidas venturas en un hogar amoroso y feliz. Titulábase el volumen *Esmaltes* y era una joya tipográfica. Al frente de la colección, rompiendo marcha, aparecía una composición que todos los críticos ensalzaban con rara unanimidad. Era la primera que la marquesa había escrito, la poesía reveladora. Aquella que empezaba:

«¡Gracias, gracias, Amor!...En su regazo,
mirándome en sus ojos...»

FIN

BIBLIOTECA
DE
AUTORES GALLEGOS

Tomos publicados al precio de DOS pesetas ejemplar.

Ramón del Valle Inclán,
Las mieles del rosal.

Luis Antón del Olmet,
El encanto de sus manos.

Manuel Murguía,
Desde el cielo.

Prudencio Canitrot,
Ruinas.

Manuel Linares Rivas,
Mientras suena la gaita...

Alberto Insúa,
Los días mejores.

Wenceslao Fernández Flórez,
La tristeza de la paz.

Manuel María Puga «Picadillo»,
Pote aldeano.

Luis Rodríguez Santos,
Las dos primas.

Sofía Casanova,
El pecado.

Eduardo Dieste,
Leyendas de la música.

Joaquín de Arévalo,
El santiño.

Manuel Amor Meilán,
Suriña.

En prensa

Trinos de gorrión, por Manuel Soriano.

En breve:

Desde otras tierras, por Luciano Taxonera, y originales de Alfredo Vicenti, Juan Barcia Caballero, Antonio Rey Soto, Julio Camba, «El Hidalgo de Tor», Basilio Alvarez, Ramón Fernández Mato, Lisardo R. Barreiro, Eugenio López Aydillo, etc., etc.

NOVELAS DE D. M. AMOR MEILÁN

Sol y sombra, Madrid, 1893.

El último hidalgo. (Volumen 34 de la Biblioteca Gallega.)

La Cadena. (Tomo 6.º de la Biblioteca Patria).

La bella Cintia. (Tomo 31 de la misma).

Surina.

En preparación

Las Cendolillas.

OBRAS
DE
LUIS ANTON DEL OLMET

| | <u>Pesetas.</u> |
|--|-----------------|
| El libro de la vida bohemia..... | 3,50 |
| Lo que han visto mis ojos..... | 3,50 |
| El encanto de sus manos..... | 2,00 |
| Hieles..... | 3,00 |
| El veneno de la víbora..... | 3,00 |
| Mi risa | 3,50 |
| Su Señoría..... | 3,00 |
| Como la luna, blanca..... | 1,00 |
| Corazón de leona..... | 3,00 |
| Galdós (en colaboración con Arturo G. Garraffa). | 2,00 |
| Echegaray (idem)..... | 2,00 |
| Nuestro abrazo á Portugal..... | 2,50 |
| Maura (en colaboración con Arturo G. Garraffa). | 4,00 |
| Espejo de los humildes..... | 3,50 |

EN PRENSA

Política de fandango y gobierno de castañuelas.
El Hidalgo Don Tirso de Guimaraes.
Canalejas (en colaboración).

FUTURAS

Moret.
El amor de mi pañosa.



BIBLIOTECA
DE
ESCRITORES GALLEGOS

Tomos publicados al precio de DOS pesetas ejemplar.

Ramón del Valle Inclán, *Las mieles del rosal.*

Luis Antón del Olmet, *El encanto de sus manos*

Manuel Murguía, *Desde el cielo.*

Prudencio Canitrot, *Runas.*

Manuel Linares Rivas, *Mientras suena la gaita...*

Wenceslao Fernández Flórez, *La tristeza de la paz.*

Mauuel María Puga «Picadillo», *Pote aldeano.*

Luis Rodríguez Santos, *Las dos primas.*

Sofía Casanova, *El pecado.*

Eduardo Dieste, *Leyendas de la música.*

Joaquín de Arévalo, *El santiño.*

Manuel Amor Meilán, *Suriña.*

En prensa

Trinos de gorrión, por Manuel Soriano.

En breve

Desde otras tierras, por Luciano Taxonera, y originales de Alfredo Vicenti, Juan Barcia Caballero, Antonio Rey Soto, Julio Camba, «El Hidalgo de Tor», Basilio Alvarez, Ramón Fernández Mato, Lisardo R. Barreiro, Eugenio López Aydillo, etc., etc.



